

— GALERIA DRAMATICA —  
DE AUTORES ESPAÑOLES

# EL RAYO

POR

P. Muñoz Seca y J. López Núñez

MADRID

2

PEDRO MUÑOZ SECA Y JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

R- 14882 - A 4882

# EL RAYO

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenado en el teatro de la Comedia, de Madrid, la noche del 5 de octubre de 1917.



## REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GABRIELA .....	SRA. JIMÉNEZ.
AGRIPINA.....	SIRIA.
LUCILA.....	SRTA. CARBONE.
NATALIA .....	REDONDO.
LAURA.....	LEÓN
DOROTEA.....	FORTUNY.
DON ASDRÚBAL.....	Sr. BONAFÉ.
GUTAPERCHA .....	ZORRILLA.
JUAN MANUEL.....	GONZÁLEZ.
DON PATRICIO.....	ESPANTALEÓN.
RAMÓN.....	MORENO.
DON SALOMÓN.....	DEL VALLE.
ZOILO.....	ASQUERINO.
LORENZO.....	PEREDA.
PERLITA .....	RIQUELME.
TORIBIO.....	GARCÍA.
CRISTÓBAL .....	ESTÉVEZ.

## ACTO PRIMERO

---

Planta baja del caserío de La Torrecilla, hermoso cortijo situado en las proximidades de Navas de San Juan, pintoresco pueblo de la provincia de Jaén. A la derecha, primer término, amplio corredor que se pierde en el lateral. En último término, y en chaffán, hogar con enorme chimenea de campana. En el foro izquierda, recio portalón de dos hojas que conduce al campo. En el lateral izquierda, dos puertas, que dan acceso a restantes departamentos de la casa.

Hay en escena una mesa, y sobre ella un velón de metal con las cuatro piqueras encendidas, porque la acción de este acto se desarrolla durante una borrascosa noche de abril; un arcón entre sacos de semillas, aperos de labor y aparejos de caballerías; algún severísimo sillón de brazos entre sencillas banquetas y toscas sillas de anea, y cerca del hogar, en un vasar muy amplio, botellas, vajilla, cacharros de cocina, etc., etc.

Al levantarse el telón están en escena GABRIELA y JUAN MANUEL. Gabriela, que frisa en los veinticinco años y viste con elegante sencillez, está llorando con la cara entre las manos y los codos sobre la mesa. Juan Manuel, que ya ha cumplido los treinta y que viste un jacarandoso y lujoso traje de campo, pasea muy preocupado y haciendo gestos indicadores de estar dado a los mismísimos demonios. Como antes se ha dicho, llueve y truenan lejano de vez en vez.

- GAB. (*Gimoteando.*) Soy más desgraciada que nadie; eso es; sí, señor; ya está dicho.
- J. MAN. (*Deteniéndose ante ella.*) Por tu culpa y nada más que por tu culpa. ¿No te arrepientes de tus celos al ver lo que has conseguido?
- GAB. Sí.
- J. MAN. Pues ¿por qué lloras?
- GAB. Porque me arrepiento.
- J. MAN. ¿Y por qué dices que eres desgraciada?
- GAB. (*Gimoteando.*) Por eso.
- J. MAN. ¿Por qué?
- GAB. Por eso.
- J. MAN. (*A gritos, desesperado.*) Pero ¿por qué?
- GAB. (*Asustada, pero en tono de pararle los pies.*) ¡Ay, hijo! ¡Jesús, qué atrocidad! Pues sólo faltaba que me tratases así... Estaría bueno que encima de lo que nos ocurre por tu culpa...

- J. MAN. ¿Por mi culpa?... (*Conteniéndose.*) Mira, Gabriela...
- GAB. ¡Déjame!
- J. MAN. Pero...
- GAB. ¡Déjame!
- J. MAN. (*Paseando de nuevo y mirando a la altura en demanda de protección.*) ¡Malhaya sea la hora!... Cácese usted en secreto, contra viento y marea de toda una familia... Enciérrese usted en un cortijo que es una necrópolis... Dedique usted las veinticuatro horas del día y las veinticuatro horas de la noche a mirarse en los ojos de la mujer de uno... Llegue usted por ella hasta el cataclismo, y encima de todo esto dígala usted decir que es desgraciada y que tiene uno la culpa.
- GAB. (*Levantándose y acercándose a él.*) Júrame que lo de Mercedes la bonita ha sido una sospecha mía sin fundamento.
- J. MAN. Te lo juro.
- GAB. Júrame también que lo de tu prima Lucila...
- J. MAN. Pero, mujer, ¿no te consta que aquello fué una cosa de chiquillos?
- GAB. ¿Y qué fué lo de Rosalía?
- J. MAN. Una... concesión.
- GAB. ¿Y lo de Isabelita?
- J. MAN. Una... debilidad.
- GAB. ¿Una debilidad?
- J. MAN. La... efervescencia de... la nostalgia de tu cariño.
- GAB. Juan Manuel, no me engañes... No me engañes, porque tú no sabes de lo que soy yo capaz.
- J. MAN. ¿No he de saberlo? Eres capaz, por culpa de tus malditos celos, de olvidarte de quien eres; de pelearte con las que se te antojan tus rivales... Porque con Mercedes la bonita y con la Rubia te has peleado como una rabalera.
- GAB. Tenía mis motivos.
- J. MAN. ¡Falsos!...
- GAB. Sí, ¿eh?
- J. MAN. Tan falsos, que ya ves lo que has conseguido; la gente toda del cortijo ha hecho causa común con las ofendidas y nos han dejado solos, completamente solos. El campo sin braceros, la huerta sin hortelanos, la casa sin guardianes y el ganado... ¿Cómo estará el ganado?...
- GAB. ¿Se han marchado también los pastores?
- J. MAN. Se ha marchado todo el mundo.
- GAB. (*Irónica.*) ¿Gutapercha también?

- J. MAN. Mujer, Gutapercha no es un campesino, sino un criado de toda mi confianza, que lleva diez años a mi servicio.
- GAB. *(Como antes.)* Ya decía yo. ¡Al instante prescinde don Juan de su Ciutti!
- J. MAN. *(Conteniéndose de nuevo.)* Eres injusta con él y conmigo, Gabriela. Con él, porque en vez de criticarle debías agradecerle el que se haya echado por ahí a buscar quien nos sirva, a pesar de la noche que hace, y conmigo, porque me juzgas mal. Yo te aseguro que desde que nos casamos no te he faltado ni con el pensamiento. Y puesto que crees que Gutapercha es mi Ciutti, puedes preguntárselo a él mismo.
- GAB. Ni que fuera yo tonta. A ese lo tengo yo calado.
- J. MAN. *(Viendo a Gutapercha, que entra en escena por el primer término de la derecha.)* Mira: ahí lo tienes.
- GUT. *(Sacudiendo el sombrero.)* Y calao presisísimamente. *(Este Gutapercha frisa en los cuarenta años, gasta unos tufitos muy macarenos y un rizo sobre la frente. Viste un chaquetón viejo, un pantalón muy torerazo y un sombrero ancho muy chulón. Mira un poco de reojo; acciona con la mano derecha de arriba abajo, como si clavara las palabras en el suelo.)*
- J. MAN. ¿Qué has encontrado?
- GUT. Cero.
- GAB. ¿Cómo?
- GUT. Nada.
- J. MAN. Pero...
- GUT. Cuando yo, que soy hombre de mársimas y de anerdótas, digo cero, mutis y benevolensia.
- J. MAN. Si no te explicas...
- GUT. Mutis.
- GAB. Pues si no dice usted mas que eso...
- GUT. Benevolensia... *(Se riza el ricito de la frente.)* No hay en to el contorneo quien quiera servi en este cortijo mientras... aquí... *(Por Gabriela.)* esté aquí.
- J. MAN. *(A Gabriela.)* ¿Lo ves? ¿Te convences?
- GUT. Lo que usted le dijo a Mercedes la bonita y a la Rubia, respetive a ellas y a toas las mujeres del perimetro, ha sentao mu malisísimamente, y las casás por casás, y las mositas por mositas, ninguna quiere de venir a esta casa.

J. MAN. Bueno ; pero los hombres...  
GUT. Los hombres, don Juan Manué, y usted lo sabe, dende Adán y Eva, tos son iguales. Hasen lo que mandan las mujeres, y pare usted de contar. La mujé arsa el gallo y el hombre hinca er pico. La hecatombe. Y acá en la rústica muchísimo más, porque como no hay otra libertá ni otras distracciones, los hombres son mongónamos.

J. MAN. ¿Qué has dicho?  
GUT. Que no tienen mas que una mujé y le hasen muchísimo caso. Mongónamos, ya está dicho.

J. MAN. ¿De manera que no hay hombre ni mujer que quiera venir aquí a prestar sus servicios?

GUT. Ni pagándoles a peso de oro.

J. MAN. Está bien. ¡Muy bien!... (A Gabriela.) Tú dirás lo que hemos de hacer. (Pausa.) ¡Por una tonteería!... ¡Por una chiquillada!... (Viendo que Gabriela se seca una lágrima.) No me llores ; no me empieces otra vez con lagrimitas, porque me pones en el disparadero. Ocúpate de darnos de cenar. Si no sabes, ingéniate. A bien que si no tenemos quien guise es por tu culpa. ¡Andando! (Gabriela, muy sumisa, hace mutis por la primera puerta de la izquierda.)

GUT. (Están los temperamentos esta noche como pa pedirles una porka.)

J. MAN. ¡Malhaya sea!...

GUT. (¡Aprieta!)

J. MAN. ¿Qué dices tú a todo esto? ¿Qué opinas?

GUT. ¿Yo? ¿Me permite usted que me vuelque?

J. MAN. Vuélcate.

GUT. Pues yo opino que si su padre de usted, el señor don Patrisio, con los vinagres que tiene por dentro, y usted perdone, viera lo que pasa por el ojo de esa serraaura, der buffio que iba a pegá abría la puerta. Porque hay que ve de qué manera le ha tomao usted el pelo a su señó padre, y usted perdone. Se pone usted en Madrí en relaciones por lo fino con la señorita Gabriela ; se entera don Patrisio de que la señorita Gabriela era una cómica, y pa separarlo a usted de ella y buscá er finiquito der remate lo castiga a usted a un año de cortijo, con el aqué de que el cortijo se había quedao sin arrendatario. Y usted, pa no aburrirse, se las combina, se casa en secreto con la señorita y se la trae al cortijo. Y to esto se va a descubrir y va usted a tener la curpa.

J. MAN. ¿Yo?

- GUT. Usté. Señor, ¿no está usté ya emparejao?; pos ¿a qué buscá el escandalito? Eso de la Mercedes...
- J. MAN. (*Temeroso.*) ¡Silencio!
- GUT. Mutis.
- J. MAN. (*Confidencial.*) ¿La has...?
- GUT. La he.
- J. MAN. Y...
- GUT. Punto...
- J. MAN. ¿Cómo?
- GUT. Arreglao. Le dí el dinero, lloró una mijita, miró antes los billetes pa convencerse de que eran güenos, y me prometió que no gorvería por aquí ni metería la pata.
- J. MAN. ¡Pobre muchacha!
- GUT. Pero, vamos a ve, señorito Juan Manué: ¿por qué se casó usté si le gustan a usté toas las mujeres?
- J. MAN. Calla, porque lo que a mí me sucede es como para pegarse un tiro. A mí, antes de casarme me gustaban casi todas las mujeres que veía; por eso me dije: me caso, y se acabaron para siempre las locuras, los antojos y las tonterías. Bueno, pues desde que me he casado me vuelven loco todas las mujeres que veo, ¡todas! Y quiero a mi mujer, y me gusta mi mujer, y deseo portarme bien con mi mujer; pero nada; no lo puedo remediar; esto debe ser una idiosincrasia, y eso es, una idiosincrasia.
- GUT. ¿Cómo ha dicho usté?
- J. MAN. Idiosincrasia.
- GUT. ¡Idiosincrasia!... Si eso más que una palabra es una mársima. Sí, señor, una mársima; porque yo también tengo idiosincrasia: me gustan todas. Por eso no me ayunto. ¿Yo mongónamo? Al instante. Servió como los moros: poligono.
- J. MAN. (*Oyendo los pasos de Gabriela.*) ¡Silencio!
- GUT. Mutis.
- GAB. (*Por donde se fué.*) Tú dirás dónde has puesto el libro de cocina que compramos en Jaén.
- J. MAN. ¿Yo?
- GAB. Tú. Acuérdate que la otra noche estuviste clavando un clavo con él.
- J. MAN. Tienes razón. Pero escucha: ¿para hacer unas sopas de ajo con unos huevos escalfados necesitas el libro?
- GAB. Sí.
- J. MAN. Bueno; voy a buscarlo. Pero si no parece...
- GAB. (*Secamente.*) Tú verás. (*Se sienta.*)

- J. MAN. Está bien. (*Mutis por la segunda puerta de la izquierda.*)
- GUT. (*Aquí no se sena esta noche por culpa de las idiosincrasías.*) (*Suena dentro, lejos, un gran trueno, precedido de un fortísimo relámpago.*)
- GAB. ¡Jesús, María y José!
- GUT. ¡Chavó! Eso ha sío un rayo.
- GAB. ¿Cree usted?
- GUT. Como a dos kilómetros habrá caído. De esto de astrólogo sé yo un rato.
- GAB. Si que está la noche...
- GUT. Ya, ya... (*A ver si la carmo con mársimas y senamos.*) Crea usted que cuando la naturalesa selestiá se desborda en el campo, hay que desí in secula seculorum y na más. Pero con esto der clima ocurre lo que con el temperamento individual de las personas, que después de la tempestá viene la carma, y entonseş, lo consabido: mutis y benevolensia, y ya sabe usted por dónde voy.
- GAB. Sé por dónde va usted, y me parece que va usted por muy mal camino, porque el papelito que hace usted en esta casa no es muy lucido que digamos.
- GUT. Señorita, que está uste equivocá, y cuando uno está equivocao, mutis.
- GAB. Equivocada, ¿eh?
- GUT. De medio a medio. El señorito la quiere a usted que, vamos, le dise usted que se pinche y se atraviesa. Eso lo pue usted jurá mirando a los cuatro cardenales de los cuatro puntos der globo terraquio. Cuando un hombre como él hase lo que ha hecho por usted es que está colao, calao y colocao. Esto lo digo yo, y después de dicho, seta y ur supra. Porque, vamos, usted, al casarse con él, no ha perdido mas que las parmas que le daba a usted er público; pero él, casi na: si se casa con su prima Lucila, pues coge dos millones de pesetas, y si se casa con una mu dergaita, de Jaén, la de Viniestra, que ca ve que lo veía le daba una convursión, pos coge cuatro millones, y si no se casa con nadie, ahora estaría en el regaso paterno juerqueándose. Pero él me dijo a mí: Gutapercha, pater nostre: se acabó er mundo; pa mí no hay mas mujé que la señorita Gabriela. Ni quieo millones, ni quieo arco iris. Finiquito y punto y coma. Si mi padre me mata, orate fraste: me caso. Y ahí está, loco por usted, que, vamos, le ponen camisa



de fuerza... y la rompe. Porque usted no sabe la idiosincrasia que tiene el señorito.

Pero...

GAB.

GUT. *(Al ver entrar a Juan Manuel.)* Mutis.

J. MAN. No encuentro el libro por ninguna parte.

GUT.

Pero si no hase farta. Aquí la señorita me estaba disiendo que pa echarle al cardo unos fideos finos y pa frei un jamón con un cachito e tomate, no necesita ella la biblia esa. Conque venga de ahí, y pa que usted no lo haga to voy a poné la mesa, aunque éstas no son las faenas propias de mi ser-so; dicho sea con hache y con su permiso.

GAB.

Bueno, vamos a ver lo que me sale. *(Llaman a la puerta.)*

J. MAN.

¿Eh? Han llamado.

GAB.

¿Quién será a estas horas?

GUT.

Y con esta noche.

J. MAN.

*(A Gutapercha.)* Pregunta tú.

GUT.

*(Acercándose a la puerta.)* ¿Quién?

RAM.

*(Dentro.)* Yo.

GUT.

Dise que yo.

J. MAN.

Sigue preguntando.

GUT.

*(Como antes.)* ¿Quién es yo?

RAM.

*(Dentro.)* Cascales, el dé la Sotera.

J. MAN.

*(Contrariadísimo.)* ¿Pero don Ramón?

GUT.

*(Como antes.)* ¿Pero don Ramón?

RAM.

*(Dentro.)* El mismo.

GUT.

*(Bajo a Juan Manuel.)* El mismo.

J. MAN.

Nos ha matado.

GUT.

*(Como antes.)* Nos ha matao.

RAM.

*(Dentro.)* ¿Eh?

J. MAN.

*(A Gutapercha.)* Calla.

GAB.

¿Pero quién es?

J. MAN.

Un íntimo amigo de mi padre, el dueño de esa finca de ahí al lado. Yo le suponía en Madrid... Vete, corre... *(Gabriela hace mutis por la primera puerta de la izquierda.)* Abre, Gutapercha. *(Era lo único que nos faltaba.)* *(Gutapercha abre la puerta y entra don Ramón, un señor como de cincuenta años, con sus buenas botas de campo y su buen impermeable, que se quita al entrar.)*

RAM.

¿Es que teniais miedo?

J. MAN.

¡Pero don Ramón! ¡Usted aquí!

RAM.

¿Qué te pasa, hombre? ¿Por qué me miras con ese asombro?

J. MAN.

Es que..., con la noche que hace, ¡a quién se le ocurre...!

- RAM. ¿Cómo que a quién? A mí. No hay nada en el mundo que me haga faltar a mí a una palabra. Yo le prometí ayer a tu padre que vendría esta noche a tomar el café con él, y, aunque tarde, vengo. ¿Dónde está?
- J. MAN. ¿Quién?
- RAM. Tu padre.
- J. MAN. ¿Mi padre? (*A Gutapercha.*) Oye, tú.
- GUT. (*Indicando que está loco.*) Benevolensia.
- RAM. ¡Vamos! ¿Dónde está?
- J. MAN. Pero dice usted que mi padre...
- RAM. Sí, hombre, sí; tu padre. ¿Es que aun no ha venido?
- J. MAN. ¿Adónde?
- RAM. Aquí, al cortijo.
- J. MAN. ¿Pero mi padre?
- RAM. Y dale, bola; ¡tu padre!... ¡Tu padre!...
- J. MAN. (*Temblando.*) Pero... ¿es que va a venir?
- RAM. Sí, hombre, sí, ¡castañas! Llegó anoche a La Carolina, con Laurita, tu hermana, y Lucila, tu prima, y el imbécil de Salomón Picavea, que no sé cómo puede aguantarlo. Yo vine con ellos desde Madrid, sólo que ellos se quedaron a descansar en La Carolina, con el propósito de venir hoy a instalarse en el cortijo, y yo, desde la estación me largué a la Sotera.
- J. MAN. (*Dejándose caer en una silla, consternado.*) De manera que están en La Carolina... ¡Gutapercha!
- GUT. No se me ocurre mas que una mársima. ¡Er caos!
- RAM. (*Boquiabierto.*) Pero...
- J. MAN. Tienes razón; ¡el caos!
- RAM. ¿Pero me quieres decir lo que te pasa?
- J. MAN. Que se lo diga a usted Gutapercha.
- GUT. No me tire usted indiré, porque dentro de muy poco tiempo, como no haiga benevolensia, aquí va a habé mutis pa toa la vía. ¿He dicho algo?
- J. MAN. Demasiado.
- RAM. Yo continúo en ayunas.
- J. MAN. (*Decidido.*) Querido don Ramón, tengo que suicidarme antes que amanezca.
- RAM. ¿Hablas en serio?
- J. MAN. Completamente en serio. Usted conoce a mi padre.
- RAM. Sí.
- J. MAN. A fondo.
- RAM. Hasta el subterráneo.
- GUT. (*Subterráneo: otra mársima.*)
- J. MAN. Usted habrá hablado con mi padre de mí.

- RAM. Durante el viaje no hemos hecho otra cosa. El hombre está muy satisfecho. Sabe que no te has ausentado ni un solo día del cortijo, y, lo que le complace más, sabe que tu devaneo con aquella actriz, la Moncada, es cosa que olvidaste por completo.
- J. MAN. Perfectamente. Pues ahora verá usted el por qué tengo que ir pensando en la otra vida. (*Llamando.*) ¡Gabriela!... ¡Gabriela!... (*Gabriela se detiene en el umbral de la puerta.*) Ven. (*Presentando.*) Don Ramón Cascales, un buen amigo de mi padre; la antigua actriz Gabriela Moncada, actualmente mi mujer.
- RAM. (*Perplejo.*) ¿Eh?... Pero... ¿casado?
- J. MAN. Casado. Sí, señor, casado.
- RAM. Pero... ¿por la iglesia?
- GAB. (*Ofendida.*) ¡Caballero!
- RAM. (*Confuso.*) Usted me perdone; pero es que, como éste es así, supuse que...
- J. MAN. ¡Don Ramón!
- RAM. Dispensadme. Es que... la sorpresa... (¡Virgen santa, cuando se entere Patricio!...) Bueno, me... ¿me quieren dar mi impermeable?
- J. MAN. ¿Se va usted?
- RAM. Sí; yo no debo...
- J. MAN. Pero, don Ramón...
- RAM. Hijo mío, procura escoger una muerte que te haga sufrir poco, pero mátrate; es lo mejor que puedes hacer. La postura del suicida es siempre más digna que la del asesinado a garrotazos; a ti tu padre te mata.
- GUT. ¿A él nada más? Cuando vea que el ganado anda suelto y que no hay trabajadores en el cortijo, ni criaos en la casa, ni hortelanos en las huertas...
- RAM. ¡Ah! Pero...
- J. MAN. Sí. Esa es otra. Nos han abandonado todos.
- RAM. ¿Y por qué? (*Nadie contesta.*) ¿Por qué?
- GUT. Lo que ocurre; uno tira, otra tira, se rompe la guita y pater noster.
- RAM. Bueno, ¿dónde he puesto yo mi impermeable?
- GUT. (*Dándoselo.*) Tome usted, hombre; tome usted.
- RAM. (*Abrazando a Juan Manuel, conmovido.*) Juan Manuel, por si no volvemos a vernos...
- J. MAN. Aguarde usted un momento, don Ramón.
- RAM. No; os quiero mucho a tu padre y a ti para ser testigo del drama que puede desarrollarse aquí de un momento a otro.

- GUT. Por eso no lo haga su mersé, porque esos señores no puen venir al cortijo esta noche. Está la trocha de la Vega inundá y no hay caso.
- J. MAN. ¿Pero qué vendrá a hacer mi padre al cortijo, donde hace veinte años que no pone los pies? ¿Usted lo sabe? ¿Le ha dicho a usted algo?
- RAM. A mí no me ha dicho nada; pero parece que tu hermana se ha puesto en relaciones en Madrid con un estudiante apellidado Morilla; tu padre se enteró, montó en cólera, pidió un consejo a Salomón, y Salomón, que es un idiota, le dijo que lo mejor que podía hacer era traérsela al cortijo para que no viese más al estudiante.
- J. MAN. De manera que mi hermana también...
- GUT. Idiosincrasia de la familia.
- RAM. En cuanto a tu prima Lucila, ya supondrás para qué la trae... Sueña con que te cases con ella.
- J. MAN. ¡Atiza!
- GUT. ¡Aprieta!
- GAB. Con que sueña con eso, ¿eh? Pues que se despier- te, porque ni en sueños. Y ya tengo yo ganas de verle la cara a ese señor, porque estoy harta de tapujos y de misterios y de ocultaciones. Estamos casados como Dios manda, y como nuestro casa- miento no es ningún crimen, ha llegado la hora de decirlo a gritos para que todo el mundo se entere.
- J. MAN. Gabriela, que tú no conoces a mi padre.
- RAM. Cuidado, señora; prudencia; por su bien se lo aconsejo; mucha prudencia.
- GAB. ¿Pero es que ese señor se comé a la gente?
- GUT. Se las come y no le hasen daño, que es lo grande.
- J. MAN. Lo mejor es huir de aquí antes que ellos lleguen.
- RAM. Puede ser otra solución.
- GUT. Ha dao usted en er clavo; vámonos.
- J. MAN. Ahora que coincide con un detalle que...
- GAB. ¿Qué?
- J. MAN. Que como he tenido que liquidar con todos esos..., pues... Oiga usted, don Ramón, ¿puede usted prestarme dos mil pesetas?
- RAM. ¿Yo? ¿A ti?... Para... Vamos, tú no estás bue- no de la cabeza. Hacerme yo cómplice de..., para que luego tu padre a mí... Ya te he dicho que no quiero los ni broncas. Ni yo te he visto ni tú me has hecho ninguna confianza.
- GAB. Pero...
- RAM. He dicho mi última palabra. Broncas con Patricio,

no. Le temo, le tengo miedo; no me importa confesarlo. Es un hombre que no transige con los engaños, ni aun siquiera con las bromas.

GUT. Es una fiera. Todavía me acuerdo yo de cuando tiró por el barcón a Pepe, er criaio der comedó, porque le dijo que le había echao azúcar al café y no se la había echao.

GAB. ¿Y qué hacemos, Dios mío?

J. MAN. Éso digo yo. ¿Cómo nos trasladamos a Madrid sin dinero para los viajes? ¿Y cómo nos quedamos aquí?

GUT. ¿Aquí? ¡De ningunisisimā manera!

J. MAN. (*Suplicante.*) ¡Don Ramón!...

RAM. He dicho mi última palabra. (*Alargando la mano a Gabriela.*) Señora, lamento lo que ocurre y reciba mi pésame por adelantado.

GAB. (*Asustada.*) ¿El pésame?

RAM. Valor y resignación. (*Abriendo los brazos a Juan Manuel.*) ¡Juan Manuel!... Por si nõ volvemos a vernos... (*Quedan abrazados.*)

GUT. ¡Señores, qué tío! Bueno, aquí se va armá y yo me voy con el achaque de acompañarlo. (*Abre la puerta.*)

RAM. ¡Adiós!

GUT. Vamos.

J. MAN. ¿Eh?

GUT. Voy a acompañarlo hasta ahí... a los Cañaverales.

ASD. (*Dentro, lejos.*) ¡Socorroooo!...

TODOS. ¿Eh? (*Prestan atención.*)

ZOILO. (*Dentro, lejos.*) ¡¡Favor!!

AGR. (*Idem.*) ¡¡Auxilio!!

GAB. ¡¡Dios mío!!... ¡Don Ramón! ¿Serán...?

RAM. ¡No lo quiera Dios!

J. MAN. ¡Silencio! (*Quedan todos escuchando.*)

ASD. (*Como antes.*) ¡Nos hemos perdido! ¡Favor!

GUT. Chavó y qué lamentitos; paresen voses del otro mundo.

J. MAN. Calla. Trae la luz para hacerles señales y que puedan orientarse. ¡Vamos!

RAM. Como sean ellos...

GUT. (*Con el velón en la mano.*) Aquí está la luz.

J. MAN. Trae. (*Toma el velón, lo eleva haciendo señales y el viento lo apaga. Queda la escena a obscuras.*) ¡Por vida!... Enciende, Gutapercha.

GUT. Deme usted un mixto.

J. MAN. No tengo.

GAB. En mi tocador hay cerillas, corra usted.

- GUT. (*Con el velón en la mano.*) ¿Y voy a dir a obscuras?...
- J. MAN. ¡Vamos, pronto!
- GUT. Voy. (*Haciendo mutis miedosamente y tanteando el terreno por la segunda puerta de la izquierda, con el velón en la mano.*)
- J. MAN. (*Gritando hacia la derecha desde la puerta del foro.*) ¡¡ Eh!! (*Gutapercha pega un salto, tira una silla y desaparece.*) ¡Aquí!
- ASD. (*Más cerca.*) ¡Adónde!...
- J. MAN. (*Gritando como antes.*) ¡¡ Aquí!!...
- RAM. (*Idem.*) ¡Siguiendo el cañaveral!...
- J. MAN. (*Idem.*) ¡Por el carril!...
- GAB. (*Aterrada.*) ¡Juan Manuel!... ¿Será tu familia?
- J. MAN. No lo espero, pero si lo fuera... ¡Gabriela!
- GAB. ¡Juan Manuel!... (*Se abrazan.*)
- ASD. (*Dentro, muy cerca.*) ¡Menguado bache!
- GAB. ¡Calla! Esa voz...
- RAM. Aquí está la puerta. Adelante quien sea. Ahora traerán luz. (*Entran en escena.*)
- ZOILO. (*Dentro.*) ¡Dios sea loada!
- AGR. (*Idem.*) ¡Salvados al fin!
- GAB. ¡Dios mío!
- NAT. (*Dentro.*) ¡Qué horror! (*Entran en escena Agripina, Natalia, Asdrúbal, Lorenzo y Perlita. Lorenzo es un muchacho muy elegante. Los demás son unos cómicos tronadísimos. Vienen que dan lástima.*)
- LOR. Buenas noches.
- RAM. Buenas noches.
- ASD. ¡Ay, gracias a Dios!
- NAT. ¡Jesús!
- ZOILO. ¡Por fin!
- ASD. ¡Qué noche, válgame el cielo!
- J. MAN. (*A Gabriela.*) No son ellos.
- GAB. Sí, son ellos.
- J. MAN. ¿Mi padre?
- GAB. No; ellos, los otros.
- J. MAN. No te entiendo.
- GAB. ¿Pero qué hace Gutapercha? (*Se oye dentro ruido de cristalería que se hace añicos.*) ¡Mi tocador!
- ASD. ¡Dios santo! Esa voz... ¿Has oído, Agripina?
- AGR. Sí, porcelana que se fractura.
- ASD. No es eso.
- J. MAN. (*Gritando hacia la izquierda.*) ¡Gutapercha!
- GUT. (*Dentro.*) Ya vaaa...

- J. MAN. ¡Vamos, hombre! ¡Esa luz!
- GAB. ¡Pronto!
- ASD. (Sí; la voz es la suya.)
- J. MAN. (A Gabriela.) ¿Pero quién dices tú que son?
- GAB. Don Asdrúbal, doña Agripina y mis antiguos compañeros.
- J. MAN. ¿Será posible?
- GUT. (Por donde se fué, con el velón encendido.) Aquí está ya la luz.
- GAB. (Viendo a los cómicos.) ¡Ellos!
- AGR. ¡¡Gabriela!!
- ZOILO. }  
 PER. } ¡¡La Moncada!!  
 NAT. }
- GUT. ¡Los cómicos!
- J. MAN. Lo que nos faltaba. (Gabriela abraza y besa a Natalia y Agripina, y saluda efusivamente a Zoilo, Asdrúbal y Perlita.)
- RAM. (Aparte a Juan Manuel.) ¿Quiénes son?
- J. MAN. Parte de una compañía de bandidos.
- RAM. ¿Eh?
- J. MAN. De la compañía Trechuelo Campuzano, la que estrenó en el Circo el año pasado aquellos dramones.
- RAM. ¿A la que pertenecía la Moncada?
- J. MAN. Justamente.
- RAM. Ya decía yo que sus caras me eran conocidas.
- AGR. (Por Juan Manuel.) Este es tu marido, ¿no?
- GAB. Sí. Juan Manuel. ¿No recuerdas?...
- J. MAN. ¿Cómo no? Amigo Campuzano... (Saluda a todos. Por Lorenzo.) A este señor no tengo el gusto...
- ASD. El señor es un estudiante madrileño, que viaja por Andalucía.
- J. MAN. Sea usted bien venido, y téngame por un servidor. (Estrechándole la mano.) Juan Manuel Requejo Gómez...
- LOR. (Azorado, nervioso.) ¿Eh?... ¿Cómo? ¡Ah! Sí... Muchas gracias. Para servirle... (¡Dios mío! ¡El hermano de Laura!... ¡Y está aquí con la Moncada!...)
- GAB. Pero no me explico la presencia de ustedes en este sitio, a estas horas y de esta manera. ¿Qué ha sucedido?
- AGR. Una tragedia, hija mía.
- ZOILO. Una tragedia macabrate.
- GAB. ¿Es posible?
- PER. Hasta los elementos se atreven ya con nosotros.

ASD. Sí, Gabriela, sí; desde que nos abandonaste parece que el hado fatal grabó sobre nuestras frentes el estigma de una maldición. Esto no sé si es de *El gran Galeoto* o de *El Mercader de Venecia*, pero es verdad. Fuiste la oveja blanca, predilecta, esquiva, desagradecida e injusta que abandonaste el redil para sembrar la ruina de tus pastores.

GUT. (*Entusiasmado.*) ¡Vaya un tío hablando!

GAB. Vamos, no exagere usted, don Asdrúbal.

ZOILO. ¡No exagera, Gabrielita, no exagera! A nadie como a ti son aplicables los divinos versos del maestro Garcilaso. (*Declamando y latiguilleando.*)

Después que nos dejaste, nunca pace  
en hartura el ganado ya, ni acude  
al campo el labrador con mano llena.  
No hay bien que en mal no se convierta y mude.  
La mala hierba al trigo afoja y nace  
en lugar suyo la felice avena.

GUT. (*Admirado.*) (Eso es prosa, y lo demás armósera.)

J. MAN. Bueno, ¿pero qué les ha ocurrido a ustedes?

ASD. Pues nos ha ocurrido..., que digan éstos: una hecatombe.

GAB. ¿Como?

ASD. Nada. Que nos trasladábamos en diligencia a Navas de San Juan, donde pensábamos debutar mañana, sábado, con *Venenos* y *puñales*, que es nuestra obra de batalla...

GAB. ¿Pero hacen ustedes ahora los *Venenos*?

ASD. ¿Qué quieres, hija? La compañía ha quedado reducida a lo que ves y no podemos hacer mas que obras de cinco personajes u obras en las que podamos doblar de papeles, y tú sabes que no todos admiten los dobles. Hacemos *La Pascua de los Hebreos*, que es de cinco; *El Club de los Catorce*, que es de siete, pero admite el doble; *El cervecero de Munich*, porque ahí el doble es sencillo, y ahora deseo montar *La campana de Huesca*, porque, si yo no recuerdo mal, *La campana* admite los dobles fácilmente.

RAM. Bien: pero ¿quiere usted contarnos de una vez lo que les ha sucedido?

ASD. Sí, señor. Verán ustedes. Ibamos en la diligencia los seis, en medio de una lluvia cataráfrica y de un vendaval simuniano.

GUT. ¡Mi madre, qué hombre!





- ASD. Cuando de pronto nos cegó un resplandor celeste, nos ensordeció un ruido espantante y nos conmovió una sacudida tan violenta como inusitada. Nos había caído un rayo.
- GAB. ¡Jesús!
- ASD. Y, mira qué casualidad, en aquel mismo momento iba yo hablando con Agripina de negocios y le iba diciendo: «La verdad es que estamos tronadísimos; a ver si ahora en Las Navas nos cae algo.»
- GAB. ¡Qué espanto, Dios mío!
- ASD. No tienes una idea; que te digan éstos. Cuando nuestros ojos deslumbrados se habituaron nuevamente a la sombra presenciábamos un espectáculo horrorizante. Los dos troncos de caballos ruertos.
- GAB. ¡Qué horror!
- ASD. El juego delantero de ruedas, calcinado, fundido. Nuestros equipajes ardiendo como piras, y el pobre mayoral, perdida la razón, saltando de tronco en tronco, riendo sardónicamente y gritando: «He perdido los cuatro caballos y un juego; ahora sí que he hecho las diez de últimas.»
- GAB. ¡Qué espanto!
- J. MAN. ¡Qué catástrofe!
- AGR. ¡Inusitada, apabullante, insólita!
- GUT. (*Admirado.*) ¡Vaya tres mársimas!
- NAT. Aun perdura la terrible visión en mi retina.
- GUT. (*Como antes.*) ¡Ojú!
- ZOILO. Y en mi cerebelo.
- GUT. (*Como antes.*) ¡Señores!
- PER. Era un cuadro digno de numen dantesco.
- GUT. (*Ya loco.*) ¡Mi madre!
- ASD. Transidos de dolor nos lanzamos a la ventura buscando un refugio. Nuestra desesperación no tenía límites; perdido nuestro equipaje, quemado nuestro archivo..., figúrate.
- AGR. (*Por Lorenzo.*) Este joven pretendía inútilmente confortar nuestros espíritus. Nos hablaba de la Providencia; nos decía que hay un Dios.
- NAT. ¡Y hay un Dios!
- ZOILO. ¡Y una Providencia!
- ASD. ¡Y un oasis!
- GUT. ¡Ojú!
- ASD. Bien hayan el sufrimiento que se torna en alegría y la desventura que se convierte en bienandanza. El camino de la felicidad es árido, punzante y guijarroso, pero hay dulzores de panal y colores de rosa en la meta.

- GUT. (*Sin poderse contener.*) Oíe los hombres musicales y surterráneos.
- ASD. ¿Eh?
- J. MAN. (*A Gutapercha.*) Calla.
- GUT. Mutis; pero eso del oasis y de la mela lo colocó yo en el Padrenuestro.
- ASD. Hijos míos, nuestro problema momentáneo está resuelto durante unos meses. Para nosotros ha brillado el sol. Se acabaron las angustias y las zozobras y las hambres. Este ángel hospitalario y este caballero, también hospitalario, nos acogen como a seres queridos; bendigámosles íntimamente.
- J. MAN. ¡Pobrecillos!
- GUT. (Lástima dan.)
- GAB. ¡Y sin poder auxiliarles!...
- RAM. (Infelices.) (*Pausa.*)
- ASD. (*Extrañado.*) ¿Callas, Gabriela? ¿Escuchaste la voz del dolor y enmudeces? ¿Ese mutismo es otorgamiento o es repulsa?
- GAB. Es pena, amigo mío. Yo quisiera abrir a ustedes mis brazos, quisiera decirles: esta casa es de ustedes, porque es nuestra, pero...
- TODOS. ¿Eh?
- AGR. Acaso...
- J. MAN. Gabriela dice bien. Quisiéramos acudir en socorro de ustedes con mano pródiga; quisiéramos compartir con ustedes durante el tiempo que fuera preciso nuestra mesa y nuestro techo, pero...
- ASD. ¿Qué oigo? ¿De manera que a nuestro infortunio, a nuestra miseria, a nuestra hambre, sólo ofrecen ustedes esos dos peros secos y desabridos?... (*Conmovido, a los demás.*) Amigos míos, compañeros en la derrota: el oasis era un espejismo. Illoremos. (*Lloran todos.*)
- GAB. ¡Desgraciados!
- RAM. ¡Qué cuadro! (*Secándose una lágrima.*) ¡Juan Manuel!... (*Le abraza.*) Por si mañana no vives...
- ASD. (¿Eh?)
- RAM. Señora, repito mi pésame.
- AGR. (¿Su pésame?)
- J. MAN. ¿Vendrá usted mañana?
- RAM. ¿Para qué? Mañana, si Dios no lo remedia, sólo habrá aquí un montón de escombros. (*Los cómicos se miran aterrados.*) Que el cielo nos proteja a todos. Buenas noches. (*Se va por la puerta del fondo.*)
- AGR. (¿Qué pasa aquí, Dios mío?)

- NAT. (¿Estaremos seguros?)  
 ZOILO. (Me he quedado sin sangre.)  
 LOR. (¿Qué ocurrirá?)  
 PER. ¡Tenemos una estrellita!  
 ASD. ¿Puedo saber lo que sucede, Gabriela? La despedida de ese caballero me ha resecaado el paladar. Pésames..., escombros...
- GAB. ¡Ay, amigo Asdrúbal! El rayo que cayó sobre vosotros se cierne ahora sobre nuestras cabezas.  
 ASD. ¿Qué dices?  
 GAB. Ustedes saben que estoy casada en secreto con Juan Manuel, porque su padre, un hombre iracundo, no accedió ni aun siquiera a conocerme.  
 ASD. Lo sabíamos.  
 GAB. Pues bien: el padre de Juan Manuel vendrá mañana con su familia a instalarse aquí.
- AGR. ¡Aquí!  
 LOR. (Hola, ya sé lo que deseaba.)  
 ASD. Entonces tú...  
 GAB. Aún no sabemos lo que hacer. Juan Manuel, por combinaciones del negocio, se ha quedado hoy mismo sin dinero. Carecemos de los medios necesarios para huir.
- J. MAN. Además, que mi huida equivaldría a una delación.  
 GAB. Y yo sola no quiero irme. El es mi marido y él es... como es y prefiero la muerte a la separación
- J. MAN. ¡Gabriela!  
 GAB. Sí, la prefiero. ¿Comprenden ustedes ahora?  
 ASD. Comprendemos tu atribulación y vemos la magnitud de nuestro infortunio.
- AGR. ¡Y yo que iba a proponerte que nos aceptases a Natalia y a mí en calidad de doncellas! Porque tus criadas vivirán mejor que nosotras. Gozarán de la luz y del sol.  
 Y comerán todos los días.  
 PER. Todos los días dos veces.  
 ZOILO. Y días de tres.  
 ASD. Y días de tres.  
 AGR. ¡Válgame Dios!  
 J. MAN. ¡Qué le hemos de hacer!  
 GAB. ¡Infeliz de mí!  
 ASD. ¡Infelices de todos!  
 GUT. (Dando un puñetazo sobre la mesa.) ¡Ya!  
 J. MAN. ¿Eh?  
 GUT. ¡¡Ya!!  
 J. MAN. ¿Qué dices?  
 GUT. ¡¡La meta!!

- GAB. ¿Cómo?
- GUT. ¡¡ El oasis !!
- ASD. ¿Pero qué dice?
- GUT. ¡¡ Er surterráneo !!
- ASD. ¡ Se ha vuelto loco !
- NAT. ¡ Ay, qué miedo !
- J. MAN. ¡ Gutapercha !...
- GUT. Dejá a Gutapercha, que ha ensendío er farolito asú y se trae una combinación de serebelo y de retina.
- ASD. Caray, que lo amarren.
- GAB. Pero...
- GUT. Mutis to er mundo, que lo que yo voy a desi arre-mata en sena, y ya es hora. Dejarme hablá. (*Por Gabriela.*) Aquí, Currita la pinturera..., y usté perdone, es hija, rehija, de aquí la señá Dolores Montoya (*Por Agripina.*) y de aquí er señó Domingo er sapo (*Por Asdrúbal.*) y ustés perdonen. Y aquí (*Por Natalia.*) es hermana de aquí. (*Por Gabriela.*) Y aquí Manolito er triste (*Por Zoilo.*) es er yegüero de las yeguas y er vaquero de las vacas, to en una pieza. Y este amigo... (*Por Perlita.*)
- PER. Perlita, para servirle.
- GUT. Pos aquí er Perlita es el cochero, carrero, carretero del cortijo. ¿Se vais ustedes haciendo cargo? Y usté es don Juan Manué y yo Gutapercha: *er sursum*. Y ya hay de to: casera y aperao, y vaquero y cochero, y arco iris. Y viene don Patrisio y usté (*A Juan Manuel.*) sortero, y usté (*A Gabriela.*) mosita, y er queso en la quesera... y la una a lavá y la otra a guisá y tos a comé y a cobrá y viva la república, que es el apoteosis de la arfarfa y de la omega y olé... ¡olé!... y ¡¡olé!!
- ASD. (*Electrizado.*) ¡¡ Y olé !!
- J. MAN. (*Idem.*) Chócala, que has estado bueno.
- GAB. ¡ Salvados !
- AGR. ¡ Yo de casera, con mis gallinitas y mis corderitos y mis ovejitas !
- ASD. Y yo de aperador: un papel que no había hecho nunca.
- ZOILO. (*A Gutapercha.*) ¿Dice usted que yo doblo?
- GUT. No, hombre; ¡ qué va usted a morirse por eso !
- ZOILO. Digo que hago dos papeles: de vaquero y de yegüero.
- PER. Lo principal es que vamos a comer todos los días.

- GUT. Prinsipiando por hoy. Señorita, haga usted er favó de echá los fideos, que estoy ya estartao.
- GAB. Ahora mismo. Acompañame, Natalia.
- NAT. Vamos.
- J. MAN. ¡Olé, Currita la pinturera!
- TODOS. ¡Olé! (*Mutis de Gabriela y Natalia por la izquierda.*)
- ASD. (*A Lorenzo.*) Yo suplico a usted, caballero, que no diga por ahí nada de esto; primero, por lo que podría perjudicar al anfitrión... Y segundo, porque los papeles que vamos a desempeñar no son «chesperianos» ni «benaventinos» ni «pérezgaldosianos», y podría resultar perjudicado nuestro crédito artístico. Usted cuando se marche...
- LOR. Pero si yo no me pienso marchar.
- AGR. ¿Cómo?
- NAT. A no ser que ustedes me echen.
- J. MAN. No comprendo.
- LOR. Quiero decir que a mí estas situaciones equívocas me divierten y me enajenan. Y si ustedes me dan parte en la farsa...
- J. MAN. ¿Usted también?...
- LOR. Yo viajaba, por prescripción facultativa, buscando aires más puros que los de Madrid. El campo y el ejercicio físico es lo que me ha sido ordenado. Mejor que aquí no podré estar en parte alguna; de modo que si ustedes me admiten, yo seré Juanito el de los Risos, o Paquito el Lerele, o Salvadorito el del Arriate; lo que ustedes quieran. Yo puedo hacer a ustedes un favor y ustedes me lo hacen a mí.
- J. MAN. Por mí, caballero, ésta es mi mano y agradecidísimo. Queda usted admitido. Para que Zoilo no doble, usted será nuestro yegüerizo.
- LOR. Pues aquí está. Salvadorito el del Arriate.
- GUT. Eso del arriate está sembrao.
- J. MAN. Bueno, ¿y ustedes saben algo de agricultura?
- ASD. Vamos, hombre, y qué preguntas. Cuanto hay que saber.
- ZOILO. Y mucho más.
- PER. ¿Es que va a saber un campero cualquiera más que nosotros?
- LOR. A mí me falta un año para terminar la carrera de ingeniero agrónomo.
- J. MAN. Entonces...
- ASD. Sí, hombre; no se preocupe usted.

- GUT. Las cosas del campo son muy sencillísimas.
- J. MAN. Pues listo.
- GUT. Bueno, y coste que si todo sale de primera, la idea ha sido de un servidó. Que no se orvide, que luego la humanidad es inagradesida, injustisiera e imperfecta.
- ASD. A usted le vamos nosotros a pasear en hombros como si fuera el patrón de Navas de San Juan, que no sé quién es.
- LOR. Y que va a ser ahora mismo.
- AGR. ¡Eso!
- ZOILLO. ¡Pero que ya!
- PER. ¡Andando!
- GUT. ¡Olé! (*Le levantan en hombros.*)
- ASD. Porque ha tenido usted un golpe de los que horadan.
- GUT. Pues oigan ustedes este otro golpe. (*Se hace un silencio, y al ir a hablar Gutapercha, llaman fuertemente a la puerta. Todos se miran.*)
- J. MAN. ¡Mi padre! (*Agripina lanza un grito y los que conducen a Gutapercha se separan y medio le dejan caer.*)
- ASD. ¿Quién será?
- GUT. ¿Abro?
- J. MAN. Pregunta.
- GUT. (*Junto a la puerta.*) ¿Quién?
- TOR. (*Dentro.*) Uno.
- GUT. ¿Uno na más?
- TOR. (*Dentro.*) Na más.
- GUT. (*Abriendo la puerta.*) Pues si no es mas que uno... (*Abre la puerta y entra en escena Toribio, un mocetón con cara de bruto.*)
- TOR. Buenas noches.
- TODOS. Buenas noches.
- TOR. Aquí me manda er señó Manué, er casero de la Sotera, pa acompañá a don Ramón.
- J. MAN. ¡Ah, sí! Pues don Ramón ya se ha marchado.
- TOR. ¿Sa díó?
- GUT. Sa díó.
- TOR. Y er señó Migué, er casero de acá, ¿está?
- J. MAN. Sa díó también.
- TOR. ¿Sa díó?
- J. MAN. Sa díó.
- TOR. Entonses...
- GUT. ¿Qué pasa?
- TOR. Que me dijo er casero de allá, dice... dile ar ca-

sero de allá que por si acaso el amo que mañana echá un vistazo a la jasienda en el avellano... que a ve si te da un bocao.

J. MAN. Casero. (*Asdrúbal cree que no es a él.*) ¡¡ Casero !!

ASD. (*Dándola muy de bruto.*) Zervidó.

J. MAN. Dele usted a ese un bocao. (*Asdrúbal mira perplejo a los demás.*)

ASD. ¿Eh?

GUT. Que le dé usted un bocao.

ASD. ¿Dónde?

J. MAN. (*A Gutapercha.*) Y ahora que caigo, tú, ¿nosotros tenemos algún bocao de más?

GUT. No, señó.

J. MAN. Dale entonces un filete y que se arregle.

GUT. (*A Asdrúbal.*) Dele usted un filete.

ASD. Para mí lo quisiera yo.

GUT. Vamos, saborio. (*Toma un filete de acero de sobre el arcón y se lo da a Toribio.*) Toma, galán, dile que se arregle con este filete, y que si lo que quiere es un bocao, que lo tire.

TOR. Está mu bien. Buas noches.

ASD. Buas noches.

TODOS. Buas noches.

GAB. (*Con Natalia, por la izquierda, trae una sopera humeante.*) ¡ Señores, la sopa !

J. MAN. ¡ Duro !

AGR. ¡ Ay !

LOR. ¡ Olé !

PER. ¡ Bien !

ZOILO. ¡ Eso !

GUT. ¡¡ El oasis !!

ASD. ¡ Señores !... ¡ Viva Gutapercha !...

TODOS. ¡¡¡ Vivaaaa !!!...

TELÓN

## ACTO SEGUNDO

Almijar del cortijo de La Torrecilla. En el lateral izquierda, la fachada del caserío: una fachada muy blanca, con su gran puerta en el centro, y a ambos lados de la puerta, dos poyos de mampostería. En el foro, un poco hacia la izquierda, un pozo con su brocal, su garrucha, etc., etc., y a un lado un pequeño abrevadero. Cerca del pozo, un carro vacío apoyado en sus varales. Del lateral derecha, último término, arranca una cuadra o establo, con el techo de paja, que se pierde en el lateral. En segundo término, el grueso tronco de un viejo moral, cuyas ramas espesas prestan sombra a media escena. Bajo el moral hay sendos sillones lebrijanos y un velador tosco. En el foro, perspectiva de ancha tierra de pan llevar, con algún que otro caserío muy lejano, y allá, a lo último, unos montes que se pierden entre las nubes. Es de día.

Al levantarse el telón están en escena AGRIPINA y ASDRÚBAL. Están admirablemente caracterizados, y, a juzgar por sus indumentarias, parecen, en efecto, los caseros de La Torrecilla.

- ASD. De manera que tú...
- AGR. ¡No alcés tanto la voz! Deja las facultades para la escena.
- ASD. *(En tono más bajo.)* De modo que tú eres la señora Dolores Montoya.
- AGR. Señá, nada más. Y tú, Domingo el Sapo.
- ASD. Lo del Sapo no sé a lo que viene.
- AGR. Y Zoilo, Manolito el Triste, y el estudiante, Salvadorito el del Arriate.
- ASD. Procuraré que no se me olvide. *(Llevándose una mano al cuello.)* ¡Canastos!
- AGR. ¿Qué te ocurre?
- ASD. Que tengo hoy los dos granos del cuello que son dos alacranes. A ver si me haces luego una cataplasma.
- AGR. Bueno. Escucha: ¿has visto tú a los recién llegados?
- ASD. No; están aún en sus habitaciones, aseándose.
- AGR. ¿Por dónde andan Perlita y Zoilo?
- ASD. ¡Acarreando los baúles! Ahora han bajado a la carretera por el último.
- AGR. ¿Ha ido con ellos Gutapercha?



- ASD. Ha ido. Y a propósito de Gutapercha, querida Agripina: me ha parecido que esta mañana bromeabas demasiado con él.
- AGR. ¿Yo?
- ASD. Sí, tú. Y bueno es que bordes el papel que desempeñas y que procures ponerte en situación; pero, vamos, no hay que exagerar. Aunque vistas ese traje bucólico eres una señora, él no es mas que un criado, y hay que trazar la línea divisoria.
- AGR. Pero si es que yo...
- ASD. (*Viendo salir a Natalia.*) ¡Silencio!...
- NAT. (*Por la puerta de la casa, muy sencillamente vestida.*) Mamá: el guisado está ya hirviendo; ¿lo aparto?
- AGR. Sí, y lo dejas al rescoldo.
- ASD. Escucha: ¿les has visto?
- NAT. Sí; las dos muchachas parecen muy agradables. Una de ellas, la prima, me ha resultado, así, un poco rara; pero de aspecto son las dos muy moninas.
- AGR. ¿Y ellos?
- NAT. El don Patricio, ni me ha contestado a los buenos días; en cambio, el otro, el don Salomón...
- ASD. ¿Qué?
- NAT. Pues nada, que pidió un poco de agua caliente, se la llevé y fué y me tiró un pellizco.
- ASD. ¡Caray! ¿Dónde?
- NAT. En el cuarto.
- ASD. Pero ¿dónde?
- NAT. Aquí, en esta molla.
- AGR. ¡Camueñas con don Salomón! ¿Y tú qué hiciste?
- NAT. Me puse muy seria, como correspondía, y le dije, palurdamente, como también correspondía, que se lo iba a contar a mi papá.
- ASD. Muy bien.
- NAT. Y entonces él me repuso: «Joven: perdone la efusión y reciba, en cambio, este Amadeo.» Y me dió este duro. (*Saca un duro.*)
- ASD. ¡Hola! Dádivas tras los agravios. Trae acá. (*Coge el duro y se lo guarda.*) ¡Pues sí que es bueno!
- NAT. Sí, señor.
- ASD. Aludo a la conducta de ese sátiro. Y de hoy más, cuando trate ese Salomón de cometer algún desaguisado, abofetéale, que es lo que cumple a la hija de esa tu madre y de este tu padre. ¡Largo! Ocúpate del guisado, que lo del desaguisado ya lo sabemos.

- NAT. Sí, señor. (*Medio mutis.*)
- AGR. ¡Ah! ¡Niña!... Cuando el cordero esté asado lo apartas también.
- NAT. Sí, señora. (*Mutis por la izquierda.*)
- ASD. (*Relamiéndose.*) ¿Qué escuché, Agripina? ¿Un cordero?
- AGR. El más hermoso de los que habla.
- ASD. Pues voy a ponerme que no van a servirme las trusas.
- AGR. Cuidate de no abusar, Asdrúbal. Lo que has hecho esta mañana me ha parecido un tanto excesivo. Eso de desayunarte con un pollo...
- ASD. No era muy grande, Agripina. Recuerda que lo calificamos de impúber.
- AGR. No aludo al tamaño; aludo a que pueden echarle de menos, y figúrate qué compromiso.
- ASD. No digas memeces. ¿Crees tú que van a llevar aquí una estadística de las gallináceas?
- AGR. ¡Quién sabe! Precisa no abusar, porque estoy dispuesta a no irme de aquí aunque me echen.
- ASD. A mí me echan y vuelvo, Agripina. Segura la pitanza, ¡y qué pitanza! Aire puro y una misión tan noble como la agraria...
- GUT. (*Dentro, a voces.*) ¡¡Domingooo!!...
- ASD. Lllaman a Domingo.
- AGR. ¡Claro! A ti.
- ASD. ¿A mí? ¡Ah! Es verdad.
- ZOILLO. (*Dentro. Idem.*) ¡Domingooo!...
- ASD. Insisten. (*A gritos.*) ¡Vaaa!
- AGR. Anda a ver lo que quieren; yo, entretanto, cortaré unas lechugas.
- ASD. Si hay apios, provéete de ellos; ya sabes que me placen por lo agradables y lo digestivos. (*Se va por la derecha, último término. Agripina hace mutis por el último término de la izquierda. Un momento de pausa y entran en escena, por la puerta del caserío, Laura y Lucila. Visten con elegancia, sobre todo Lucila, que es una muchacha nerviosa, petulante y exótica.*)
- LUCILA. Vamos, Laurita; cálmate, serénate, tranquilízate. No hay que tomar las cosas tan a pecho. La mayor de las contrariedades no vale una sonrisa.
- LAURA. No puedo, Lucila, no puedo. Esta tiranía de mi padre acabará con mi existencia. ¡Querer matar en flor mis ilusiones!...
- LUCILA. ¡Oh! Tu padre y tutor mío se equivoca si pretende mandar en nuestros corazones. Ya ves: me

trae consigo para que yo me enamore de Juan Manuel... ¡Infeliz! Como si yo pudiera enamorarme de repente de quien sólo me ha inspirado hasta ahora la más completa de las indiferencias. ¡Bah! ¡Insensateces!

LAURA. ¿Crees tú que se habrá suicidado Lorenzo, como me anunciaba en su última carta?

LUCILA. No temas por su vida. Aunque no conozco a tu novio personalmente, por los detalles que de él me has contado le juzgo un muchacho vulgar, y el suicidio es la única muerte de los elegidos. Suicidarse equivale a legar un recuerdo perdurable y doloroso a la lira del poeta, que con él tejerá un canto dolorido y melancólico.

LAURA. Nunca entiendo tus filosofías. Para tí, la vida toda es complicación y enigma; pero yo... ¡era tan feliz con Lorenzo!...

LUCILA. ¡Feliz!... ¡Puede! Te hubieras casado con él, ¿y qué? La vulgaridad, el orden, la glorificación del adocenamiento. Yo no pienso como tú. Y, mira, a ratos me alegro de que tu padre, abusando de su autoridad sobre mí, me haya traído al campo, porque presiento que aquí va a sucederme algo extraordinario, novelesco, inverosímil.

LAURA. ¡Ay, no lo quiera Dios! —

LUCILA. Sí; yo he nacido para lo inverosímil, para correr fantásticas aventuras, para enamorarme de un virtuoso o de un domador de tigres. ¡Oh! Un malabarista sería mi dicha; un bandido perfumado que me raptase, mi dorado sueño; un campesino dócil, humilde, caballeresco, platónico, mi ilusión; un trovador, mi ideal... Y luego la noche..., las estrellas, los puntos suspensivos que en el cielo de mi destino pusieran los luceros de un amor contrariado... Y allá, el son lastimero de una flauta, y más acá el de un arpa..., y más cerca el rumor de un laúd romántico... Y yo, muda, misteriosa y sobrecogida, vagando en la selva vestida de blanco...

LAURA. ¡Ay, Lucila, yo creo que tú estás completamente loca!

LUCILA. ¡Loca! Eso se dice de todos los que no son comprendidos. Pero no divaguemos y discurramos por estos alrededores. Ven, exploremos la prosaica huerta.

LAURA. Vamos. ¡Dios mío! ¿Se habrá suicidado mi Lorenzo? (*Hacen mutis por el último término de la izquierda. Por la derecha último término entran en*

escena, primero Gutapercha, y luego moilo, Asdrúbal y Perlita, cargados los tres con un gran baúl mundo. Al entrar dejan el baúl en el suelo.)

- ASD. ¡Señores y qué pesado es este mundo!
- PER. ¿Me lo van ustedes a decir a mí? Fijese. (*Le enseña la boca.*)
- ASD. ¡Caramba, qué destrozo! ¿Qué ha sido eso?
- PER. Que intenté yo solo bajarlo del carro, se me vino encima de golpe, me dió en la cara y he dejao dos dientes en la carretera.
- ASD. ¡Menudo porrazo!
- PER. Sólo comparable al ladrillazo que me pegaron en Baeza aquella noche que hacíamos el *Don Alvaro*. Y hace una semana no me hubiera importado; pero ahora que tiene uno la probabilidad de comer todos los días...
- ASD. ¡Caray! Con esto de los granos el acarreo me resulta molestísimo. Haga el favor de sustituirme, Gutapercha.
- GUT. Usté me perdone, pero yo sé una anerdota que dise: «Aquí y en Palencia, cada quisque a su incumbensia.» Y el acarreo trasportable no es de mi incumbensia, amigo Sapo.
- ASD. (*Quemado.*) Suplico a usted, señor Gutapercha, y van siete, que mientras no haya moros en la costa, y ya usted me entiende, me denomine don Asdrúbal, que es mi nombre de pila.
- GUT. ¡Chavó y qué humarea se le sube a usté ar pajá en cuanti que s'atraca de pollo!
- ASD. ¿Cómo de pollo?
- GUT. Porque hay que ve el pollo que s'ha merendao el amigo esta mañana. (*Los cómicos se miran.*)
- ASD. ¡Bah! No le hagáis caso: un pollillo.
- GUT. ¿Poyito y tenía novia?
- ASD. Los hay precoces.
- PER. Pues no es usted nadie, señor Campuzano.
- ZOILO. Ha hecho muy bien. Por algo ha trocado el co- turno por la vertedera.
- GUT. No; lo que le ha ocurrido aquí a don Asdrúbal tié su explicación. Acostumbrao a ve siempre los gallineros vacíos, pos entró en éste, lo vió lleno y se dijo: «Camará qué entrada; aquí sobra un pollo.» Y es que está er gallinero, ¿eh?, como pa quedarse de acomodadó.

- ASD. Está, está.
- ZOILO. ¿Y dónde me deja usted la manada de borregos que he columbrado junto a los cañaverales?
- PER. ¿Y la huerta? ¡Cómo está la huerta!
- GUT. Pos la despensa tampoco está desarquilá: hay cada pandantife corgando...
- PER. (*Sentándose en el baúl.*) ¡Mi madre, Zoilo!
- ZOILO. (*Idem.*) ¡Perlita de mi alma! Voy a perder la esbeltez.
- PER. Nada, señor; lo que dice don Asdrúbal: que no hay nada tan hermoso como el campo, ni nada tan digno como la agricultura.
- ASD. Yo he aceptado este papel en esta comedia bucólico-erótica.
- GUT. ¡San Juan!...
- ASD. Precisamente por eso: porque la agricultura es una ciencia alimenticia, succulenta y pródiga.
- GUT. ¡Olé!
- ASD. Y a tal ciencia no me importa sacrificarlo todo, tanto más cuanto que yo llevo dentro un agricultor. Porque, bien mirado, señores, ¿qué es la gloria? Humo. ¿Y el aplauso? Nada: una orden. Yo, como el emperador Cincinato, dejaría mi palacio por mi huerta, porque ¿qué es un palacio? Un telón, cuatro bambalinas, tres rompientes rugosos y una mise en scene. Pero el campo, ¡vedle! ¡Opíparo, óptimo, mayestático!...
- GUT. (*Entusiasmado.*) ¡Es una pianola!
- ASD. ¡Cómo se agranda ante mis ojos la egregia figura del rey Wamba, aquel ilustre bárbaro que cultivó por vez primera en Hispania las alubias, las zanahorias y el bambú! ¡El campo!...
- ZOILO. Ya lo dijo el poeta de León: (*Declamando.*) «¡Qué descansada vida!...»
- J. MAN. (*En la puerta de la casa y secamente.*) Eso digo yo: qué descansada vida, y aquí hay que trabajar un poquito más. A ver, ustedes, ese baúl dentro. Tú, Gutapercha, engancha en la noria al Chocolate, que estará la alberca vacía.
- GUT. ¿Vacía con lo que llovió ayer? Está hasta er pretí: con mirarla na má rebosa.
- J. MAN. Entonces échale un pienso a los bueyes.
- GUT. ¿Un pienso, si están pastando en la vega?
- J. MAN. Entonces dale un buen limpiado a las yeguas.
- GUT. Ya las ha limpiado el yegüerizo, que yo se lo dije.
- J. MAN. Entonces no hagas nada.

- GUT. Voy corriendo, don Juan Manué, en seguida. (*A los demás.*) Ea, vamos, duro, que hay prisa.
- ASD. (*A Gutapercha.*) Hombre, eche usted aquí una manita, que, en serio, con esto de los granos...
- GUT. ¿No ha oído usted lo que me han mandao? ¡Ea! Venga. Entrarlo por la puerta de la cochera pa no ensuciá. (*Se van todos, menos Juan Manuel, por la izquierda último término.*)
- J. MAN. (*Escuchando hacia la izquierda.*) Acá vienen. Menos mal que hasta ahora nadie ha metido la pata. (*Salen del caserío don Patricio y don Salomón. Frisan ambos en los cincuenta años y visten muy requetebién. Don Patricio tiene cara de pocos amigos y gasta unas cejas muy anchas, muy juntas y muy pobladas. Don Salomón, en cambio, tiene cara de primo.*)
- SAL. Pero, vamos a ver, querido Patricio, ¿cómo poseyendo este paraíso no venías nunca a él?...
- PAT. Porque el hombre es un animal rutinario, querido Salomón; pero, ya que estoy aquí, te confieso que estoy entusiasmado. El campo es un vergel, la casa un encanto y del personal tengo las mejores referencias. Estoy contento, muy contento.
- SAL. ¿Lo ves? Nadie puede librarse de lo que yo llamo «los milagros del campo». Sí; tú te mofas; pero el campo amansa a las fieras. Tú mismo, desde que llegaste al campo, tienes el gesto más alegre y la cara más placentera.
- PAT. Yo soy siempre yo, Salomón. Ahora que me place y me conforta el hallar en el mundo un rincón donde no on conocidas ni la doblez ni el engaño ni la maldad. Porque aquí podrá haber incultura, no te lo niego; pero hay, en cambio, verismo, bondad y virtud.
- J. MAN. (*Estás apañado.*)
- PAT. Si la Arcadia no hubiese existido, ésta sería la Arcadia.
- SAL. Te confieso que esas dos muchachas, las hijas de los caseros, me han entusiasmado. ¡Qué candor! La Currita sobre todo. Es la mujer más bella que he conocido.
- J. MAN. (*Pues límpiate.*)
- PAT. (*Examinando la fachada.*) Escucha, Juan Manuel: noto no sé qué diferencia entre la fotografía del caserío que me enviaste y el original. ¿Es que has modificado la fachada?

- J. MAN. ¡Ah! Sí; he abierto esas dos ventanas para facilitar un poco más la ventilación, y, además, antes había tres poyetes de mampostería, y ahora sólo hay esos dos.
- PAT. ¿Pues qué ha sido del otro?
- J. MAN. No sé; el casero lo mandó quitar porque decía que le estorbaba para no sé qué faena.
- PAT. Pues era un hermoso bloque de granito que compré yo mismo hace veinte años.
- J. MAN. Por ahí estará; me figuro que no se lo habrán comido. Aunque esta gente come piedras, porque no he visto estómagos iguales, creo que habrán respetado el bloque.
- SAL. (*Sentándose bajo el moral.*) Nada, que esto es de primera, querido Patricio. Verás cómo este ambiente cura los males de Laurita como curó los de Juan Manuel. El campo hará sus milagros.
- PAT. Dios lo quiera, y quiera también que muy pronto pueda enorgullecerme de ella, como ahora me enorgullezco de mi querido hijo.
- J. MAN. ¡Por Dios, padre!...
- PAT. Ya sabes que soy parco en el elogio; pero ahora no te lo regateo. Estoy orgulloso de ti. Has sido obediente, humilde, sumiso. Has sanado de tu locura y mi satisfacción carece de límites. Esta misma noche modificaré mi testamento, porque, no te lo oculto, en mi último ológrafo te había desbe-redado.
- J. MAN. ¡Caray! Pero, padre, ¿sigue usted con su manía de hacer un testamento ológrafo cada semana?
- PAT. Sí, y te juro que en el de hoy te mejoraré.
- SAL. (*Mirando a la izquierda.*) Cuidado: ahí vienen Laurita y Lucila.
- PAT. (*Confidencial a Juan Manuel.*) Qué, ¿cómo has encontrado a tu prima?
- J. MAN. ¡Oh! Más atrayente que nunca. (A mí no me quitas la mejora.)
- PAT. Está muy mejorada.
- J. MAN. ¿También?
- PAT. Digo que pesa tres kilos más; por fin ha llegado a los cuarenta kilos. (*Por la izquierda último término entran en escena Lucila y Laura. Lucila viene riendo a carcajadas.*) Mirala: es un cascabel.
- LUCILA. ¡Graciosísimo! (*Ríe.*) No sé cómo he podido contenerme.
- SAL. ¿Eh? ¿Qué ha sucedido?
- LUCILA. Nada, que entramos en el gallinero y vimos a un

- hombre que estaba cogiendo huevos, abriéndoles unos agujeritos y bebiéndoselos tranquilamente.
- J. MAN. ¿Eh? ¿Y quién era?
- LUCILA. Nos dijo que era el casero.
- J. MAN. ¡Ah! Estaría desayunándose.
- LUCILA. Eso le preguntó Laura, pero él le contestó: «No, señora; es que pasé por aquí mu acalorao, y como er médico m'ha mandao que cuando m'acalore tome algo fresco, pos yo m'he dicho: más frescos que estos huevos que están acabaos de poné...»  
(*Rien todos.*)
- LAURA. ¿Será bruto?
- SAL. ¡Qué bestia!
- PAT. Una ignorancia casi infantil.
- J. MAN. (Buena, este Asdrúbal va a coger una indigestión.)
- LAURA. Escucha, Juan Manuel: he notado que hay muy pocos jornaleros en el cortijo.
- J. MAN. ¡Oh, sí! Ya he dicho a papá la causa. Hubo un conato de huelga y puse en la calle a todos los revoltosos. No han quedado aquí nada más que las personas de absoluta confianza.
- PAT. Deseo que los congregues un instante para conocerles y que me conozcan.
- J. MAN. Sí; ahora mismo. (Dios quiera que no la metan.)  
(*Llamando hacia el foro izquierda.*) ¡Dolores!... ¡Dolores!... Venga usted acá. Esta que viene es Dolores, la casera.
- SAL. La madre de Currita y de Natalia...
- J. MAN. Justamente. Es una mujer que es una alhaja; muy aseada, muy limpia... No parece una cortijera.
- AGR. (*Por la izquierda último término.*) (Me las daré de muy brutá, que es el papel.) Guas tardes... (*Sorbe, se limpia las narices primero con el dorso de la mano derecha y luego con el de la izquierda, y queda en jarras, las piernas muy separadas.*)
- SAL. (Sí que es limpia.)
- AGR. Zerviora de Dios y de ustés.
- PAT. (*A don Salomón.*) Incultas, pero creyentes; el nombre de Dios no se les cae nunca de los labios.
- SAL. ¡Y lo pronuncian con una unción!...
- PAT. ¿Es usted la casera?
- AGR. Zerviora de Dios y de usté. (*Vuelve a limpiarse como antes.*)
- PAT. ¡Qué unción!
- J. MAN. (Esta Agripina está detallando demasiado.)
- PAT. (*A Agripina.*) Haga la merced de decir a todos los





- asalariados de la finca que vengan: deseo conocerlos.
- AGR. Sí, señor. Zerviora. (*Mediq mutis.*) (Si me ve la Guerrero me contrata.)
- PAT. ¡Ah! (*Agripina se detiene.*) Recuérdeme que le pregunte a su marido dónde está ese poyo que falta.
- AGR. (Nos ha matao.) Sí, señor. Zerviora. (*Entrando en la casa.*) (El gustazo del pollo nos va a costar el primer disgusto.) (*Alutis.*)
- PAT. Se ve que es una buena mujer.
- LUCILA. Y debe haber tenido unos quince... Porque aun está fresca y guapetona.
- SAL. No está mal, no; pero hay aquí una Currita...
- LAURA. ¡Oh! Esa es guapísima.
- LUCILA. Belleza silvestre, pero belleza al fin.
- SAL. Es la cara más perfecta que yo he visto, y una dureza... (*Se contiene.*)
- J. MAN. ¡Caray!
- SAL. Una dureza en la expresión... Es una mujer divina.
- LUCILA. ¡Qué fuego en el elogio, don Salomón!
- SAL. No lo niego. He visto en mis cuarenta y cinco años... (*Tosen guasonamente Laura y Lucila.*) He visto en mis cuarenta y cinco años últimos... Porque en los otros tres no me fijaba... (*Vuelven a toser.*) Y en los otros tres andaba a gatas.
- LAURA. ¡Ah! Eso es otra cosa.
- LUCILA. He visto, digo, caras ideales, trastornadoras; pero ninguna me ha producido tanta impresión como la de esa mujer.
- LUCILA. A ver si se nos enamora usted a última hora, don Salomón.
- SAL. No sería el primero, Lucilita.
- J. MAN. (Pues eso es lo que me faltaba.)
- LAURA. Ahí tiene usted a su belleza.
- SAL. ¡Brutal! ¡Enorme! ¡Extraordinaria! (*Han entrado en escena por la puerta del caserío Agripina, Gabriela, Natalia, Asdrúbal, Gutapercha, Zoilo y Perilita. Asdrúbal viene temeroso y pretendiendo escurrir el bulto.*)
- AGR. (*A Zoilo y Perilita.*) Mucha barbarie. (*A Asdrúbal.*) A ver cómo te las compones.
- ASD. (*A Agripina.*) Lo peor es que me han cogido en el gallinero tomando un pisolabis.
- PAT. Acérquense, acérquense!

- ZOILO. (*Haciendo una reverencia para saludar.*) Muy...
- PER. (*Dándole un codazo.*) Mu.
- ZOILO. ¡Mu!
- ASD. ¡Guas!
- SAL. ¡Caray!
- J. MAN. Aquí tienen ustedes a don... Bueno, tú, Gutapercha, ve diciendo quién es cada uno.
- GUT. Sí, señó.
- SAL. (*A Gutapercha.*) Va usted a oficiar de Pie de Concha.
- GUT. (*Mirando a Salomón como para rieterle mano.*) Eso no me lo dise usted a mí en la carretera.
- PAT. ¿Eh? ¿Qué es eso?
- GUT. Que se m'ha insurtao.
- J. MAN. No seas bruto, hombre; ya te explicaré yo lo que eso significa; anda, presenta a la gente.
- GUT. Con muchísimo gusto. (*A Perlita.*) Tú...
- PER. (*Avanzando.*) Mu guas tardes... (*Llevándose la mano a la boca.*) (Con esto del porrazo casi no puedo hablar.)
- GUT. Este es Perlita, el carrero de acá; argo arrimalyo a la cola; pero ése es su ofisio.
- PER. Pa servirles a tos.
- GUT. Los mulos lo quieren como si fuera un hermano.
- PER. Verdá e, y es que los mulos son unos animales mu cariñosos, mejorando los presentes.
- SAL. (¡Qué bestia!)
- LUCILA. (¡Qué bruto!)
- LAURA. (¡Qué animal!)
- ASD. (Estos papeles los borda Perlita.)
- PAT. (Le hablaré toscamente para que me entienda.) Creo que ha echado usted los dientes aquí. ¿No?
- PER. Sí, señó; dos. Ahí en la carretera.
- PAT. (*Sin entender.*) ¿Cómo?
- GUT. (La va a meté; la va a meté.)
- PER. Er mundo que se me vino encima. ¡Una broma! Pero na; escupí y se acabó. Yo soy asina.
- PAT. (*A Salomón.*) ¿Tú lo entiendes?
- SAL. Ni jota.
- PAT. Bien, bien. A ver, otro...
- GUT. (*A Zoilo.*) Tú, Manolito.
- ZOILO. (Estoy azarado; estos papeles no me van.)
- ASD. (*Aparte a Zoilo.*) Di guas tardes o mu guas tardes. No te pongas fino, que te mato.
- GUT. Ven acá, hombre, que no te van a comé.
- ZOILO. (*Acercándose.*) Mu... guas.
- LAURA. Está cortadísimo.

- LUCILA. Es que parecemos un tribunal, y esta gente sencilla... *(Por Zoilo.)* Es simpático.
- GUT. Este es el encargao de las yeguas; Manolito se llama y le disen el Triste, porque es mu romántico.
- LUCILA. ¿Romántico?
- GUT. Y burocrático: le ha dao la idiosincrasia por leé y escribi, y es muy apañado pa esos menesteres.
- LUCILA. ¡Oh!
- ZOILO. Cosas, señó, cosas.
- ASD. *(Muy bien.)*
- ZOILO. A un servió...
- ASD. *(Bien.)*
- ZOILO. A un servió le ha tirao siempre lo, lo...
- ASD. *(Malo.)*
- ZOILO. Lo bello en cualquiera de sus múltiples manifestaciones.
- ASD. *(¡La metió!)*
- PAT. ¡Muy bien!
- SAL. Pero que muy bien.
- ASD. *(Es de una cursileria este galán...)*
- LUCILA. *(A Gutapercha.)* Y tiene un gran ángulo facial.
- GUT. ¿Dónde? Bueno; a la casera y a los dos pimpollos ya los conocen ustedes.
- SAL. Pimpollos es poco: vergeles abriñeos, y me quedo escaso.
- LUCILA. ¡Bravo, don Salomón!
- AGR. *(A Gabriela y Natalia.)* Niñas: ¿qué se dice?
- NAT. Gracias.
- GAB. Muchas gracias.
- SAL. Las que usted tiene, salero. *(Se acerca y habla con ellas.)*
- J. MAN. *(Quemado.)* *(Este tío me va a quemar la sangre.)*
- GUT. *(Por Asdrúbal.)* Bueno; y este otro es el señor Domingo el Sapo; como quien dise, la piedra der triángulo de la finca. Er casero: er sursun in en sersis deo, con punto y coma y toa la pesca. Asíquese usted, compare, que vean aquí jechuras y sensia infusioria.
- ASD. *(Saludando.)* ¡Guas!
- PAT. Tengo de usted las mejores referencias, y yo me honro entrechando la mano encallecida del más fiel de mis servidores.
- J. MAN. Como fiel, es un perro.
- ASD. *(Estrechando la mano que le alarga Patricio.)*
- LUCILA. ¡Guas!
- LUCILA. *(Hasta ladra.)*
- PAT. *(Enfático.)* Reciban todos en este apretón de ma-

nos mi cordial saludo. Tengo mucho gusto en conocer a los que, como ustedes, han nacido en esta casa y han vivido siempre de ella, en ella, por ella y para ella. (*Los cómicos se miran.*)

GUT. (¡Estás enterao!)

ASD. (*Después de mirar a sus compañeros, como diciéndoles: «Ahora verán ustedes.»*) Mosotros, señó don Patrisio..., ya se sabe. Ca uno es ca uno y el agua va por su carrí.

ZOILO. (¡Qué cómico tan grande!)

ASD. Cencia no habrá; pero er toque no está en la cencia, sino en la güena voluntá, que es la que jase jacerderos los imposibles der mundo. Y a voluntá ya nos puen echá güeyes que tiren, que más tiraremos nosotros, y es un desi.

PER. (¡Que no tenga un teatro en Madri este hombre!)

ASD. D'acá semos y el amo de acá es pa mosotros como nuestro padre, porque es el amo der pan de cada día; de mo y manera que usté es el padre nuestro, y como er pan nuestro de cada día es der padre nuestro...

GUT. Naturalmente.

ASD. Pos mosotros cudiamos del pan nuestro, que es el de usté, porque en el cudio está el evangelio.

PER. (¡Qué talentazo tiene!)

PAT. (*Complacido.*) Muy bien, Sapo, muy bien. Me complace el oírle. Yo sabré compensar ese interés y esa buena voluntad.

ASD. (*Saludando.*) Zervió. (*Se une a los demás.*)

PER. (*Aparte a Asdrúbal.*) Si hay claque se oye el aplauso en Vigo.

ZOILO. (*Aparte a Asdrúbal.*) ¡Bravo, don Asdrúbal!

AGR. (*Idem.*) Muy bien.

ASD. ¿Cómo bien? Genialísimo.

GUT. ¿Y dónde está el que falta?

J. MAN. Es verdad; falta el vaquero.

NAT. Ahí estaba ahora mismo.

GUT. (*Llamando hacia la izquierda.*) ¡Salvadoriyooo!...

LOR. (*Dentro.*) ¡Vaaa!

GUT. Ya veréis ustede un vaquero bien fachao y con hechuras.

NAT. Ahí viene ya.

GUT. Y cantando, como siempre; es un grillo er gachó.

ZOILO. (*Por Lucila, que no deja de mirarle.*) (Me parece que le he gustado a la delgadita, y eso que el papel no me va.)

LOR. *(Dentro canturreando.)*

Y por qué me das tantos palitos,  
qué dañito te hise yo...

*(Entrando por la izquierda último término, arras-  
trando su porra.)* Salú.

LAURA. *(Cayendo desmayada en brazos de Lucila.)* ¡Ay!

LUCILA. ¡Laura! *(Gran revuelo en todos.)*

PAT. ¿Qué le ocurre?

SAL. ¡Laurita!...

LOR. ¡Laura!... Se desmaya por mí...

PAT. ¡Laura!... ¡Laurita!...

SAL. Sí, ya abre los ojos.

J. MAN. *(Mirando a Lorenzo.)* (El se presenta y ella se desmaya... Aquí hay gato.)

LUCILA. Vamos, Laura.

LAURA. *(Incorporándose.)* Nada; ya pasó. No ha sido nada; un poco de mareo.

PAT. Que es preciso que te nutras y que hagas ejercicio y que domines tus nervios, Laura. Anda, da unos pasos... y bebe un poco de agua.

LOR. Tos esos males, y ustés perdonen, se les quitan a la señora en cuanti que beba medio cuartillo de agua del chorro de los cañaverales. Hasta de Fransia ha venío gente a La Torresilla por mó de ese agua, que es mano e santo.

PAT. ¿Es posible?

LOR. Sí, señó; si la señora quiere, yo la acompañaré, y va verá si es verdá lo que digo.

LAURA. Sí, vamos. Acompáñame, Lucila.

LUCILA. Vamos.

LOR. Por aquí abajo to seguío. *(Se van por la derecha último término Laura, Lorenzo y Lucila.)*

GUT. *(Y se las lleva.)*

J. MAN. (No hay duda; aquí hay gato. Voy a cerciorarme, porque no está bien que...) Voy yo también con ellos. Hasta ahora. *(Se va por donde los otros.)*

GAB. ¡Eh?... Eso sí que no.)

ASD. *(Aparte a Gabriela.)* ¿Qué te pasa?

GAB. *(Idem.)* Que se va tras la primita, y eso no se lo consiento. Verá usted ahora...

ASD. *(Sujetándola.)* Que te pierdes y nos pierdes a todos. Calma.

PAT. *(Acercándose al grupo de los cómicos.)* Ahora que se ha marchado mi hijo, yo quisiera que me dieran ustedes algunos pormenores.

- GUT. (Ahora se llan y pata.)  
 ASD. (*A Agripina.*) Va a salir el pollo.  
 PAT. Vamos a ver, ¿está aquí contento Juan Manuel?  
 ASD. ¡Uf!  
 AGR. ¡Oh!  
 PER. ¡Toma!  
 ZOILO. ¡Digo!  
 NAT. ¡Ya lo creo!  
 GUT. Contento es poco: bailando.  
 PAT. De manera que esto le gusta y trabaja y entiende el negocio, ¿eh?  
 ASD. Sabe lo suyo, y se jase cargo y trebaja, y es un amo cabá y mu serio y mu persona.  
 PAT. (*A Salomón.*) Ya lo oves, Salomón.  
 SAL. No me sorprende, Patricio: los milagros del campo. Ya ves tú, él, ¡¡él!! El primer juerguista de Madrid (*Gabriela le mira echando chispas.*) con una novia en cada esquina y catorce llos al retortero...  
 GUT. (*Este tío es una plaga.*)  
 GAB. Ya nos ha contao que él en Madri... Vamos, que... ha hecho lo suyo.  
 SAL. Ha hecho horrores; verdaderos horrores. Y cosas de gracia, porque eso no puede negarse.  
 PAT. A mí no me han hecho gracia nunca las falsedades ni las sandeces, Salomón.  
 SAL. Ya lo sé, Patricio; pero no me negarás que lo de la vieja tuvo salero, y aquello que proyectaba para casarse de mentirijillas no estaba mal del todo.  
 GAB. (*Llvida y procurando afectar la mayor indiferencia.*) ¡Ah! ¿Pero proyectaba un casamiento... falso?  
 SAL. (*Riendo.*) Sí: una broma un poco pesada. Un matrimonio secreto, ¿sabe usted? Una filfa. Un amigo iba a hacer de cura, otro de sacristán, otros de testigos... Una chirigota. (*Gabriela se sostiene en cualquier parte para no caer. Los cómicos se miran consternados.*)  
 PAT. Menos mal que el campo ha hecho el primer milagro; si Lucila hace el segundo...  
 SAL. Lo hará, lo hará.  
 GAB. (*Aparte a Gutapercha.*) ¡¡Canalla!! Mi casamiento fué una mentira...  
 GUT. ¡Señorita Gabriela!  
 GAB. (*Como antes.*) ¡Y usted lo sabía, sinvergüenza!  
 GUT. Yo le juro a usted que aquel casorio fué la chipén.

- GAB. ¡ Ah ! Pero yo... ¡ Sí !... ¡ Ya verá ! (*Vase como un rayo por el foro derecha.*)
- GUT. (*¡ María Santísima !*)
- SAL. (*Por Gabriela.*) (Se va. Yo necesito hablar con ella.) Espérame aquí, Patricio. Voy a... Ahora vuelvo. Hasta ahora. (*Vase tras Gabriela.*)
- GUT. (Na, que se ha creído que su casamiento ha sido una pantomimia. Le avisaré a don Juan Manuel.) (*Se va por la derecha primer término.*)
- AGR. (*A Asdrúbal.*) Por lo visto no está casada.
- ASD. La tempestad se avecina, Agripina.
- ZOILO. (*A Asdrúbal.*) ¿Qué hacemos?
- ASD. Aguarda.
- PAT. ¿Cómo pintan los olivos este año, Domingo?
- ASD. ¡ Pchs ! Pintan bien.
- PAT. He visto que los árboles tienen muy buena trama.
- ASD. Sí, señó ; la trama es buena ; ya veremos el desenlace. (*Agripina le tira de la chaqueta.*) No me tires, que azaras.
- PAT. ¿Y cómo andamos de granos?
- ASD. (*Llevándose la mano al cogote.*) Ahora tengo dos. (*Agripina le vuelve a tirar de la chaqueta.*) Dos... dos graneros ocupaos.
- PAT. ¿Es posible? Pues Juan Manuel me decía días pasados en una de sus cartas : «El casero se queja porque no tiene granos.»
- ASD. Eso es quejarse de vicio. (*Sofocan la risa Zoilo y Perlita.*)
- PAT. No entiendo.
- ASD. Digo que a uno, por interés de la casa, siempre le parece poco lo que hay ; pero hay, hay...
- PAT. (*Dándole un cariñoso golpe en el cuello.*) Domingo.
- ASD. (*Viendo las estrellas.*) ¡ ¡ Ay !!
- PAT. Le repito que sabré compensar su interés y su celo.
- ASD. (*Viendo que los demás sofocan la risa.*) Bueno, vamos a seguir las faenas, con el permiso aquí del amo.
- PAT. Desde luego.
- ASD. Andando. (*Inician el mutis.*)
- PAT. ¡ Ah ! Domingo. (*Todos se detienen.*) Ahora que recuerdo, ¿qué ha sido de ese poyo que falta? (*Asdrúbal baja la cabeza.*)
- PER. (*Huyendo por la izquierda último término.*) (Te has caído.) (*Vase.*)
- ZOILO. (*Idem por la derecha.*) ¡ Lo cogió. (*Vase.*)

- NAT. (*Entrando en la casa.*) ¡Pobre papá! (*Mutis.*)  
 AGR. (*Idem.*) ¡Anda, para que te atraques! (*Se va.*)  
 ASD. (*Mirando a su alrededor.*) (Me han dejado solo.)  
 PAT. Le pregunto por ese poyo que falta; ya sabe usted...
- ASD. (*Tristemente.*) Sí, señó. ¡La nesetidá, don Patricio! Yo me dije: por un pollo de menos no se va a veni la casa abajo, y me tomé la libertá...
- PAT. Bien, bien. ¿Pero dónde está? Porque le advierto a usted que me costó once duros.
- ASD. ¿Onse duros?
- PAT. En Jaén.
- ASD. ¡Si sabría música el animalito!
- PAT. Se lo compré al director de la Filarmónica.
- ASD. (¿No lo dije? Me he comido un virtuoso.)
- PAT. ¿Dónde está?
- ASD. Don Patricio... yo no sé mentí. Yo digo siempre la verdá, aunque me perjudique.
- PAT. Eso me agrada sobre manera.
- ASD. No busque usted al pollo.
- PAT. ¿Por qué?
- ASD. Porque... me lo he comido. (*A un gesto de asombro de Patricio.*) Lo que vaya usted a desirme me lo he dicho yo mesmo hace un rato largo. Es un abuso y es una barbaridá, pero me lo he comido. Se me puso en la cabeza, y un pedaso, otro pedaso, otro pedaso... Na, que me comí er pollo. Usted me perdonará...
- PAT. (*Con las manos en la cabeza.*) Sí, hombre, sí; vaya usted con Dios. No se hable más del asunto. ¡Qué atrocidad!
- ASD. (*Haciendo mutis por la izquierda, último término.*) (Menos mal, pero he pasado un ratito... Calentura llevo: calentura del arrastrao pollo.) (*Vase.*)
- PAT. ¡Señores! Tenía razón Juan Manuel. Comen piedras, y tan sanos. En cambio, yo, en cuanto la carne está un poco dura, tengo que tomar bicarbonato. (*Entrando en la casa. Por la derecha, último término, entran en escena Laura y Lorenzo. Vienen temerosos de ser vistos.*)
- LAURA. ¡Por Dios, Lorenzo, no seas imprudente! ¿Nos ve Lucila?
- LOR. No; se ha quedado ahí cogiendo unas flores.
- LAURA. ¡Ay! Estoy muy intranquila.
- LOR. Pero, escucha, tu prima no sabe...
- LAURA. Sabe que tengo relaciones contigo, pero no sabe que tú eres tú.



- LOR. Pues dile...
- LAURA. No; no me conviene que lo sepa. Es muy loca y muy habladora y lo echaría todo a rodar.
- LOR. Como tú dispongas.
- LAURA. Bueno, pero dime, porque es que pierdo el juicio: ¿cómo estás tú aquí y de esta manera?
- LOR. Es larguísimo de contar. Luego, a la noche, cuando todos duerman, hablaremos y te lo explicaré. Ahora, vamos a lo que interesa. (*Le coge una mano.*)
- LAURA. ¡Suelta!
- LOR. (*Sin soltarla.*) ¡Mi cielo, mi vida, mi alma!...
- LAURA. ¡¡Mi prima!! (*Se hacen los distraídos.*)
- LUCILA. (*Por la derecha, último término, arreglando unas flores.*) (Juntos otra vez, y... ¡Caramba! Y eso que tiene novio. Esta Laurita es un volcán.)
- LOR. Pues si ustés no mandan otra cosa...
- LAURA. No, nada. (*Aprovechando un descuido de Lucila.*) Espérame en el gallinero.
- LOR. (*Rápidamente.*) Allí estaré. (*Saludando toscamente.*) Salú y mandá.
- LUCILA. Adiós. (Y es guapo de veras.) (*Vase Lorenzo, cantando, por la izquierda.*)
- LAURA. Chica, cuántas flores; ¿vas a hacer un ramo?
- LUCILA. Sí.
- LAURA. Sí, hazlo, que eso es muy divertido. ¿Vas a quedarte aquí?
- LUCILA. Sí.
- LAURA. Pues aguárdame; yo vuelvo en seguida. Voy a ir a... ahí, a... Nada; dos minutos. No te muevas de aquí, ¿estamos? Vuelvo en un salto. (*Vase tras Lorenzo.*)
- LUCILA. ¿Pero es que se va tras él? Sí. Dije un volcán y es poco: dos volcanes. Claro que el vaquero es bello como un Adonis, es un hermoso ejemplar; pero... ¡ay! El hombre rústico es como el pavo real: su hermosura cautiva, pero repelen sus graznidos. ¡Si al par que rústicos fuesen exquisitos!... ¡Si el pavo real gorjease como el ruiseñor!... (*Se sienta a confeccionar el ramo.*)
- ZOILLO. (*Por la derecha.*) (Sola. Es huesuda, pero rica. Me han dicho que es romántica y soñadora; si logro impresionarla me redondeo.) (*Avanzando y descubriéndose.*) Mu... muy gratas.
- LUCILA. Óptimas, joven campesino.
- ZOILLO. Más que óptimas, joviales y luminosas.
- LUCILA. ¡Ah! Póngase el sombrero.

- ZOILO. Eso, nunca, señorita. Este es el tributo que los hombres idealistas rinden a la belleza, suprema majestad del mundo.
- LUCILA. *(Cada vez más admirada.)* ¡Dios mío! Es un ave canora.) Hábleme, hábleme, campesino arcádico...
- GUT. *(Que ha entrado en escena por la derecha, al oír esta frase se detiene y se oculta tras el tronco del moral o tras del pozo.)* ¡Mi agüela, qué mársima!
- ZOILO. Si no le molestan las torpes palabras de un pastor lóbrego, de un pastor áspero, de un pastor ábrego...
- GUT. ¡La Inclusa, y qué tío!
- LUCILA. Al contrario, no sabe usted cuánto me agrada la conversación rústica de un pastor tímido.
- GUT. ¡Anda la otra!
- ZOILO. Lo creo; las más dulces palabras brotaron siempre de los trémulos, cárdenos, lívidos, pálidos labios de los pastores.
- GUT. ¡José!
- ZOILO. Y si no acordáos de Garcilaso de la Vega y del Padre Mariana, valga la errata de llamar Mariana a un hombre.
- LUCILA. ¡Oh! Es usted culto.
- ZOILO. Soño. Mi vida es un piélagos... ¡Qué digo piélagos! *(Declamando.)*

Mi vida es un erial;  
 flor que toco, se deshoja;  
 que en mi camino fatal  
 alguien va sembrando el mal  
 para que yo lo recoja.

- GUT. Superiorísimo.
- ZOILO. *(Al ver que Lucila, traspuesta, se lleva una mano al pecho y eleva los ojos a la altura.)* (La he tambaleao.)
- LUCILA. ¿Sabe usted versos?
- ZOILO. Sélos.
- LUCILA. ¿Sélos?
- ZOILO. Primera persona del presente del verbo «lo sé».
- LUCILA. (Me subyuga su infantilidad.) ¿Y no ha pensado usted nunca en irse de aquí?
- ZOILO. Lo pienso con horror.
- LUCILA. ¿Ni ha tenido usted nunca ambiciones?
- ZOILO. ¡Ambiciones!... ¡Ay mísero de mí!... ¡Ay infelice!... Yo resbalo por la vida sin que nadie me comprenda...
- LUCILA. ¡Como yo!...

- ZOILO. Llevo dentro de mí un sueño que no es de este siglo; es un sueño atrasado, pero hermoso; y en pos, ¡ay!, de mi sueño, voy solitario y apesadumbrado...
- LUCILA. ¡Como yo!
- ZOILO. Me entienden las aves, me entienden las flores, me entiende el regato cristalino, pero no me entienden los mortales.
- LUCILA. ¡Tampoco a mí!
- ZOILO. ¡¡Ah!!
- LUCILA. Y, sin embargo, yo aguardo siempre la feliz llegada del príncipe blanco de mi cuento azul...
- ZOILO. Y yo el arribo de la rubia pastora de mi leyenda albisima.
- LUCILA. ¿Y por qué pastora y no dama?
- ZOILO. ¿Y por qué príncipe y no pastor?
- LUCILA. Quién sabe; el porvenir es indeciso.
- ZOILO. Pero el presente es transitorio, y como lo momentáneo es a veces sarcástico...
- LUCILA. Sí; pero lo perdurable es rígido...
- GUT. (¡¡Mi tataragüela!!)
- LUCILA. Acaso por eso convenga elevar el corazón por encima de sus propias querellas. Y amar.
- ZOILO. ¡¡Amar!!
- LUCILA. ¡Sí, amar!
- ZOILO. ¡Ah! Pero en silencio, como yo os amo ya, angélica princesa. (*Oculto el rostro entre las manos, como avergonzado de su confesión.*)
- LUCILA. (*Derretida.*) ¡Oh!... Pero ¿quién es usted?...
- ZOILO. ¡Ay de mí! (Ahora un mutis de efecto y es mía.)
- LUCILA. ¡Peregrino campesino!
- ZOILO. (*Como alucinado.*) En silencio, sí... ¡Infelice Dafne!... ¡Misero Leandro!... La historia de este amor imposible sólo he de contarla a los que no han de traicionarme nunca. ¡Sí! (*Mirando a la altura y haciendo mutis pausadamente por la izquierda, último término.*) Mi historia será de las aves. ¡Ah!... Será de las flores y de las brisas... ¡Ah! Mi historia será de la fuente... (*Vase.*)
- LUCILA. (*Caminando tras él como hipnotizada.*) ¿Quién es? ¿Qué dijo?... ¿Qué me habló?... ¡Hombre o égloga!... ¡Pastor o epitalamio! ¡¡Acabas de robarme el corazón!!... (*Se va tras él haciendo visajes.*)
- GUT. (*Saliendo de su escondrijo.*) Loca va; pero que loca de tirá bocaos. Bueno, y es pa sortarse el pelo y perdé la chaveta del tó; porque si yo soy una señora y me coloca un gachó eso del «áspero», el

«lógrego», el «ábrego» y er «trémulo», me hinco de hinojos y le digo : «Éntiérreme usté que m'ha matao.» Señores, y qué pico de hombre... Bueno, la que aquí se va a armá va a se de las de latifundio y punto y coma. Esta con ese ; la otra con el estudiante, que también los he visto yo. La Gabriela, que se cree que su casamiento fué un cuplé ; don Salomón, que se está colando con ella creyéndola mosita ; los cómicos, que se van a comé hasta er salitre de las paderes, y yo, que... Bueno, yo voy a meté la pata hasta er güeso de la caera, porque a mi me gusta doña Agripina, que está muy chipén, y como don Asdrúbal está una mijita escamao, voy a meté la pata.

AGR. (*Saliendo de la casa.*) Oíga usted, Gutapercha.  
GUT. (*Arreglándose el rizo de la frente.*) ¡La escurtura !)

AGR. ¿Sabe usted dónde está mi marido?

GUT. Amarrao.

AGR. ¿Eh?

GUT. Sí, señora ; porque el hombre que tiene el fortunio de disfrutá de una esposa como usté debe de tené dos esposas más, una en las manos y otra en los pieses. (*Rubricando en el aire.*) Firmao.

AGR. La de los pieses sería grillo, ¿no?

GUT. Vamos a dejarla en grilla, que molesta menos.

AGR. ¡Qué guasonsito es usted, amigazo !...

GUT. No me mire usted con ese pestañeo, porque me se derrite hasta er piélago.

AGR. ¡Caramba !

GUT. ¡So lóbrega !... ¡¡Aum !!

AGR. Pero ¿se ha vuelto usted loco?

GUT. ¡Loco ! ¡Ay, misero de mí ! ¡Ay, infelice !...

AGR. Eso es de *La vida es sueño*.

GUT. Sí, señora ; pero de un sueño atrasao que es un páramo, un sueño que... sujéteme usté. (*La abraza.*)

ASD. (*Por la izquierda.*) ¡¡¡ Agripina !!!

AGR. (¡¡¡ Asdrúbal !!!)

GUT. (*Sacudiendo el brazo como si hubiera estado quitándole algún bicho.*) Ya no tiene usté na. Esos son bichillos que... (*Vase por la derecha.*)

ASD. ¡No huid !... ¡Es vano que huyáis, pues aunque huyáis... moriréis ! He dicho huyáis y es huyáis.

AGR. Pero, Asdrúbal...

ASD. (*Trágico.*) ¡¡ Mutis !!

AGR. ¿Tú también?



- ASD. ¡¡ Mutis !!
- AGR. ¿ Por dónde?
- ASD. Por la primera caja, miserable, y quiera Dios que esa caja no sea pronto ataúd. Aguarda en la cocina el fallo justiciero de mi cólera.
- AGR. (*Entrando en la casa.*) (Ya se le pasará. Yo no he hecho nada malo...) (*Vase.*)
- ASD. ¡ No! El bienestar a esa costa, no. Don Salomón pellizcando a mi hija, y ese malandrín... ¡ No! Claro que todo esto es una comedia, y en escena tiene uno que permitir que a su esposa, si lo exige el papel..., llegue el galán, que encima cobra su sueldo, y le... Pero, ¡ caramba!, el papel de uno es... ¡ No! (*Saca del bolsillo derecho un huevo, le abre dos agujeritos y se lo bebe.*) Bien es verdad que en este teatro de la naturaleza donde actuamos se come bien y se respira; pero si hay coqueteo... ¡ Cáscaras!... (*Se guarda el cascarón en el bolsillo izquierdo.*) ¡ No! Que el honor es patrimonio del alma y el alma sólo es de Dios. Yo, para estas cosas, llevo dentro un Pedro Crespo. ¡ Ah! Si vuelvo a presenciar el más ligero coqueteo los mato a los dos. (*Saca otro huevo y se lo bebe.*) Por lo pronto, diré a Juan Manuel que Gutapercha y yo somos incompatibles; lo alejaré de aquí y... Alguien viene. (*Se marcha por la izquierda último término. Por el último término de la derecha entran en escena Gabriela y Salomón.*)
- GAB. (*Muy nerviosa, mirando a todas partes.*) (¿ Dónde se habrá metido?..)
- SAL. Veo que está usted muy nerviosa, Currita.
- GAB. Sí, señó; nerviosilla; bastante nerviosilla.
- SAL. Lo comprendo, porque la he hablado muy en serio y como correspondía. Yo soy así; impresionable y rápido. Siempre me he comprado el calzado hecho, porque me gusta llegar y ¡ cataplún!, listo, no hay que esperar. Y yo pensaba: cuando me case ha de ser lo mismo: verla, gustarme, hablarla, casarme, todo muy seguidito.
- GAB. (*Mirando a todos lados.*) (¡ Canalla! ¡ Haberme engañado de esa manera!..)
- SAL. Conque... ¿ lo pensará usted, Currita?
- GAB. (*Distraída.*) Sí, sí..., lo pensaré; ya veremos. (*Mirando hacia la derecha.*) Sí; creo que viene allí.
- SAL. Luego me dará la contestación, que ojalá sea el sí ansiadísimo.
- GAB. Luego, sí, bueno...

- SAL. (*Ya en la puerta de la casa.*) Currita, piénselo.
- GAB. (*Deseando que se vaya.*) Sí, sí...
- SAL. (*Él no negar es ya una afirmación.*) (*Vase.*)
- GAB. ¡Dios mío! Yo engañada, burlada.
- J. MAN. (*Por la derecha, primer término.*) Conque... piénselo, ¿eh?
- GAB. (*Como una leona.*) ¡Ah!... ¡Tú!... ¡¡Miserable!!
- J. MAN. (*Sorprendido.*) ¡Gabriela!
- GAB. (*Cada vez más nerviosa.*) ¡Miserable, sí; malnacido!...
- J. MAN. Pero ¡Gabriela! ¿Qué es esto?... ¿Qué te pasa?...
- GAB. Que conozco tu infamia, ¡tu infamia! Que sé que nuestro casamiento fué una superchería, una pataña, una burla indigna...
- J. MAN. ¡¡Gabriela!!
- GAB. Por eso querías ocultarme a los ojos de todos y encerrarme aquí, para que nadie me viese, y me pintabas a tu padre como al más cruel de los tiranos... ¡Ah! Pero no, hijo, no. Ahora mismo sabrá tu padre hasta dónde llega tu maldad y tu villanía.
- J. MAN. Gabriela, que a ti te han engañado.
- GAB. ¡No!
- J. MAN. Que yo te juro que eres mi mujer, mi esposa...
- GAB. ¡Mientes!
- J. MAN. No grites, por Dios.
- GAB. Sí, gritaré, gritaré; ¡han de oírme todos!...
- J. MAN. ¡Calla!
- GAB. ¡No!... ¡No!...
- J. MAN. (*Desesperado.*) ¿Pero te has vuelto loca?...
- GAB. (*Gritando.*) ¡Miserable!... ¡Eres un miserable!...
- J. MAN. (*Amenazándola.*) ¡Calla o te mato!...
- GAB. (*Horrorizada.*) ¡Tú!... ¡A mí!... ¡Tú!... (*Se desmaya.*)
- J. MAN. (*Sosteniéndola.*) ¡Malhaya sea!... Si alguien nos viese...
- GUT. (*Por la derecha, primer término.*) ¿Eh? ¿Qué pasa?...
- J. MAN. ¡Ayúdame!...
- GUT. Pero...
- J. MAN. ¡Vamos! ¡Pronto!
- GUT. (*Ayudando a Juan Manuel a transportar a Gabriela.*) ¿Adónde?
- J. MAN. A donde no la oigan, lejos de aquí.
- GUT. Vamos. De todo esto tiene la culpa don Salomón.

- J. MAN. De prisa... (*Se van por la derecha, primer término, transportando a Gabriela.*)
- LUCILA. (*Por la izquierda, último término.*) ¿Eh?... Creí escuchar voces... ¡Dios mío!... ¡Juan Manuel raptando a una campesina!... ¡Oh! ¡Si mi pastor tuviese arrestos tan viriles!... ¿Quién será ella? Si yo pudiese... (*Vase tras Juan Manuel, procurando no ser vista.*)
- RAM. (*Por la derecha, último término. Viene receloso y escamado*) Pues, señor, nadie a la entrada, nadie en el camino y nadie aquí. ¿Qué habrá sucedido? La tragedia habrá sido esquiliana. ¡Pobre Patricio! Si vive, estará como para jugar al ajedrez.
- LUCILA. (*Por donde se fué.*) (La raptada es Currita. ¡Qué suerte!) ¡Oh! Don Ramón...
- RAM. ¡Lucilita!
- LUCILA. Llega usted oportunísimamente.
- RAM. ¡Qué! Cuéntame. ¿Qué ha sucedido?
- LUCILA. Que Juan Manuel ha raptado a una campesina.
- RAM. ¿A una campesina?
- LUCILA. A Currita: una hija de los caseros.
- RAM. ¡Cáscaras!
- LUCILA. Como en los tiempos medioevales.
- RAM. Bueno; pero Patricio, al encontrarse aquí con...
- LUCILA. A propósito de mi tío, don Ramón. Necesito que me proteja usted, se lo suplico.
- RAM. ¿Qué te ocurre?
- LUCILA. Que estoy enamorada de un pastor, sí; enamorada, loca. ¡Le amo! Necesito que sea usted mi confidente y mi protector para que mi tío no se entere nunca. ¡Nunca, don Ramón! Pero silencio, oigo pasos. Mé voy. Luego hablaremos extensamente.
- RAM. Escucha, pero...
- LUCILA. ¡Silencio!... (*Se va por la puerta de la casa.*)
- RAM. (*Perplejo.*) Bueno. Juan Manuel que rapta a una; ésta que se enamora de otro... ¡La que habrá arrematado aquí Patricio!... ¡Pobre Patricio!...
- GUT. (*Por la derecha, primer término.*) ¡Ah! ¡Usté! Hombre, me alegro. Viene usté que ni llamo con campanillas.
- RAM. Cuénteme usted. ¿Qué ha sucedido?
- GUT. Una catombe; mejor dicho, dos catombes.
- RAM. Lo que yo me temía.
- GUT. Na, que la señorita Gabriela dise que no está casada.
- RAM. (*Con la boca abierta.*) ¿Cómo que no está casada?

- GUT. Una coladura de don Salomón.
- RAM. No entiendo.
- GUT. Y va a dar el escándalo y lo va a tirar todo patas arriba.
- RAM. Bueno, pero...
- GUT. Además, lo mío con el casero se las trae.
- RAM. ¿Con el casero?
- GUT. Con Domingo el Sapo; bueno, con don Asdrúbal; vaya, con Campuzano; ya está usted en el toque.
- RAM. ¿Pero de qué me habla usted?
- GUT. Na, que me cogió aquí con la socia..., con doña Agripina..., su mujer..., la casera, señó... Dolores, señó; ya está dicho...
- RAM. *(Limpiándose el sudor.)* ¡Caray!
- GUT. Y dise que me va a matá y que va a descubrí el enredo, y figúrese usted si se entera don Patricio.
- RAM. Bien, pero vamos por partes: ese rapto...
- GUT. ¡Bah! Coraje que le dió. Como yo le estaba haciendo así... *(Abraza a Ramón.)*
- RAM. Digo lo de Juan Manuel.
- GUT. ¡Ah! Pues lo que le he dicho a usted: que ella cree que no está casada.
- RAM. ¿Quién?
- GUT. Gabriela.
- RAM. No es eso: yo aludo a la otra.
- GUT. ¿A doña Agripina?
- RAM. No sé. Estoy hecho un taco; ni usted me entiende a mí ni yo lo entiendo a usted. Calma y enjuiciemos. Vamos a ver.
- GUT. *(Mirando hacia la derecha.)* ¡La señorita! ¡A mí no me coge! Luego hablaremos, don Ramón. Y que no se entere don Patricio, ¿eh? ¡Cudiao! *(Mutis. Entra en la casa.)*
- RAM. ¿Será que no se explican bien o que yo no me entero?...
- GAB. *(Por la derecha, primer término. Viene descompuesta, nerviosísima.)* ¡Ah! ¡Usted, caballero!
- RAM. ¡Señora! ¿Eh? ¿Qué le sucede?
- GAB. Venganza, don Ramón. ¡Venganza! ¿Se ha enterado usted ya de lo que ocurre?
- RAM. Sí; es decir, no sé. ¿Alude usted a lo del rapto?
- GAB. ¿Eh?
- RAM. Vamos; a esa campesina que ha raptado Juan Manuel...
- GAB. ¿Eh? ¡Ah, canalla! Más que canalla... Mercedes, la bonita, sin duda... Como si lo viera; pero, ¡bah!,



ya qué me importa. Porque, sépalo usted, caballero: no estoy casada.

RAM. Sí, ya me han dicho...

GAB. Ha cometido conmigo esa infamia, esa horrible infamia. Pero ¡ah! Se ha de acordar de mí. Acabo de concederle dos días de plazo. Si durante esas cuarenta y ocho horas no repara su falta... Si no se casa conmigo... de verdad, le mataré. Sí, le mataré; no se juega impunemente con el honor de la Moncada.

RAM. Bueno, pero su padre...

GAB. ¿Domingo? No es mi padre. Domingo es Asdrúbal; es decir, Campuzano.

RAM. No; si no aludo a su padre de usted... Es que...

GAB. ¡Ah! Y encima un rapto, en mis propias narices... Caballero, dígame usted que reduzco las cuarenta y ocho horas a veinticuatro.

RAM. Pero...

GAB. A veinticuatro; dígaselo usted. *(Entra en la casa.)*

RAM. *(Perplejo.)* ¡Señores! ¿Pero qué pasa aquí? ¿Qué rapto es ése? ¿Y por qué no está ésta casada, y quién es Domingo el Sapo y Asdrúbal y que llo es éste? *(Ya medio loco.)* ¡Caray!... Que yo he salido de mi casa y yo coordinaba. ¡Coordinaba!... Y yo he hablado en la carretera con Antonio el cartero y él me ha entendido a mí y yo le he entendido a él, ¡caramba!, que me dijo... ¡Caray! ¿Qué me dijo? ¡Si estuvimos hablando un rato!

*(Entran en escena por el último término de la izquierda, primero Gutapercha y Agripina, huyendo de Asdrúbal, que viene garrote en mano sujetado por Zoilo y Perlita y seguido de Natalia. Toda esta escena es a media voz; echando el pulmón, pero a media voz.)*

AGR. ¡Por Dios!

GUT. ¡Ampáreme usted! *(Se parapeta tras de Ramón, que mira a los cómicos como a seres fantásticos.)*

ASD. ¡Soltadme!

ZOILO. ¡Señor director!...

PER. ¡Don Asdrúbal!...

NAT. ¡Papá!...

ASD. ¡Los he de matar a los dos!

PER. ¡Don Asdrúbal, el cocido!

ZOILO. ¡Que estropea usted mi boda!... ¡Cáscaras! *(Le agarra de un bolsillo.)*

ASD. ¡Imbécil! ¡Qué cáscaras ni qué narices! *(Sacando*

- una mano pringada del bolsillo.*) Me has chafado uno de dos yemas...
- GUT. Don Asdrúbal, que yo había ido a la cocina a pedir el almuerzo de parte de don Patricio... Se lo juro a usted.
- J. MAN. *(Por la derecha, muy alarmado.)* ¿Qué ocurre?
- GUT. ¡Don Patricio!
- NAT. ¡Silencio! *(Salen de la casa Patricio, Salomón, Lucila y Laura.)*
- LAURA. Ahí lo tienen ustedes.
- PAT. ¡Ramón!...
- SAL. ¡Ramoncillo!...
- PAT. Dios te guarde, hombre, Dios te guarde.
- RAM. ¡Tú! ¡Y te ríes!...
- PAT. Los milagros del campo, Ramón.
- SAL. ¡Ah! Un momento. Con el permiso de ustedes. *(Se lleva a Ramón aparte.)* Voy a necesitar de ti, Ramoncillo.
- RAM. ¿Eh?
- SAL. No te rías.
- RAM. Si no me río.
- SAL. Estoy enamorado de Currita. *(Ramón le mira.)* Ya sabes. Currita, la hija de Domingo el Sapo, el casero, y quiero que tú sondees a los padres.
- RAM. ¿Currita?...
- SAL. *(Viendo a Gabriela, que entra en escena por la puerta de la casa.)* Currita, aquélla, mírala...
- RAM. *(Viendo a Gabriela y secándose el sudor.)* ¡Mi madre! *(Da un paso atrás.)*
- PAT. Sí, querido Ramón, sí. Por fin he hallado un oasis. Gracias a Dios que he encontrado en este mundo un bello rincón donde nadie engaña a nadie, donde cada uno es quien es, donde todo es verdad y bondad y virtud. *(Ramón se tambalea, se pasa una mano por la frente y se desploma sobre un sillón. Todos dan un grito y acuden a él.)*
- J. MAN. *(Que entra del brazo de Lorenzo por la derecha.)* ¿Qué sucede?
- PAT. Nada; ya vuelve. Un ligero vahido...
- ASD. ¡Menos mal!
- NAT. ¡Gracias a Dios!
- LUCILA. ¡Qué susto!... *(Ramón se incorpora y mira a todos con los ojos extraviados. Todos le sonríen.)*
- PAT. *(Encantado.)* Mirales: se alegran todos de tu mejoría como si fuesen tus hijos. ¡Qué corazones! ¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios!
- RAM. Tú sí que vas a ver las estrellas.

## ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Es de día.

Al levantarse el telón están en escena JUAN MANUEL  
y GUTAPERCHA.

- J. MAN. (*A Gutapercha, que mira hacia la derecha.*) ¿Ves algo?
- GUT. Ni gota.
- J. MAN. ¿No te parece que tarda?
- GUT. No, señó. El tren llega a las quince menos catorse, y como son las catorse y diez y ocho, o sean las quince menos cuarenta y dos, pues saque usted la cuenta, y no pue sé que esté aquí ya don Ramón.
- J. MAN. ¡Qué cuarenta y ocho horas llevo, Gutapercha!
- GUT. Mutis.
- J. MAN. ¿Crees tú que Felipe Laguna enviará la partida de casamiento?
- GUT. Si está en Madrid y ha resibío los partes y ha visto ar cura y er cura ha tenío la benevolensia de dár-sela...
- J. MAN. ¿Le dirigiste el telegrama a su casa?
- GUT. No, señó; no ha podío sé. Yo sé que vive en la calle de Tres Peses; pero no sé er número. Se los he mandao a la Peña.
- J. MAN. A lo mejor no ha ido por la Peña y están allí los telegramas muertos de risa. Has debido telegrafiarle a su casa.
- GUT. Esa fué mi idea, y lo intenté; pero el tío del telégrafo, asín que leyó «Laguna. Tres Peses», me devolvió el papel, disiéndome: «Le arvierto a usted que ésta es una ofisina muy seria.»
- J. MAN. ¿Y qué hacemos, Gutapercha?
- GUT. Eso digo yo. La señorita está emperrá en lo de la sortería, y como don Salomón está por ella trémulo perdío, pues yo, francamente, no sé lo que aquí va a pasá.
- J. MAN. ¡Malhaya sea!
- GUT. ¿Sabe usted en cuánto la quiere dotá? En sesenta mil duros.
- J. MAN. No me lo digas. ¿Y ella?...

- GUT. Ella... está que no baila porque no hay quien toque.
- J. MAN. ¿Tú crees?
- GUT. ¡Anda! Ella misma me ha dicho a mí que está esperando a que don Salomón se emburre der tó pa entonses contarle la verdá a su manera y conven-serlo y casarse.
- J. MAN. Pues yo te aseguro que en cuanto reciba la par-tida de casamiento se la come. No es que se la en-seño, no: es que se la come. Mira a ver si viene don Ramón.
- GUT. Sí, señó.
- J. MAN. ¿Ves algo?
- GUT. (*Escudriñando el horizonte.*) ¡Mi tía!
- J. MAN. ¿Qué?
- DOR. (*Una muchacha del campo, muy guapetona, por la derecha primer término.*) Buenas tardes.
- J. MAN. Buenas tardes.
- GUT. ¡Vaya un rostro!...
- DOR. Es acá la Torrecilla, ¿verdad?
- J. MAN. Verdá.
- GUT. (¡Pero que vaya un rostro!)
- DOR. ¿Y es acá aonde están parando esos cómicos que íban en el coche cuando lo del rayo?
- J. MAN. Acá es.
- DOR. Lo pregunto, porque me manda mi tío Rumualdo, el de la Posá, pa que digan qué se hace con una caja de cuero que se salvó de la quema. El mayo-ral la llevó a la Posá, disiendo que ya irían los có-micos por ella, y como no han díó, pues yo he venío.
- GUT. (*Guiñando a Juan Manuel.*) Señorito...
- J. MAN. ¿Qué te pasa, hombre?
- GUT. ¡Vaya un terrenito arsidentao!
- J. MAN. (*Acercándose a Dorotea en plan de conquista.*) De manera que tú vives ahí abajo, en la Posada de Romualdo...
- DOR. Sí, señó...
- GUT. (*Por Juan Manuel.*) (Ya está er torito en la plaza.)
- J. MAN. ¿Y cómo te llamas tú?
- DOR. Mi nombre es Dorotea, pero me disen la «Can-greja», porque a mi padre le llamaban el «Cangre-jo», heredao de mi agüelo, que fué el primer Can-grejo.
- GUT. ¡Caramba!
- DOR. Sí, señó. Mi agüelo fué muy rico; pero luego cada vez hemos ido más pa atrás.
- J. MAN. Claro.

- GUT. Y lo del mote es por eso, ¿no?
- DOR. No, señó; lo del mote es porque mi agüelo, que era muy habilidoso, cogió un cangrejo y lo amaestró.
- GUT. ¡Camará! ¿Y qué hacía? ¿Pitillos?
- DOR. No, señó; tocaba la guitarra con las patas y bailaba el agarrao.
- GUT. Y bien agarrao que lo bailarí; porque esos son de los que no sueltan.
- J. MAN. Y tú, ¿no te has propuesto amaestrar a nadie? Porque con esa cara y esos ojos...
- GUT. (Primer capotazo.)
- DOR. Vamos, señó...
- J. MAN. (*Arrimándose mucho a ella.*) A mí me enseñas tú el agarrao, y como si me hubieran sujetao a ti a tornillo.
- GUT. (Media verónica ceñía.)
- J. MAN. Y si me enseñas tú a bailá, te compro una peineta de concha.
- GUT. (Un pinchazo en to lo alto.)
- J. MAN. Y unas medias de seda.
- GUT. (Ahora está pinchando en los bajos.)
- J. MAN. Y una sortija pa este dedito zaagatero. (*Le coge una mano.*)
- GUT. (En la yema l'ha dao.)
- DOR. (*Mimosa.*) ¿Y to eso va a sé pa mí?
- J. MAN. Pa ti.
- GUT. Ya está muerta. (*Viendo entrar en escena a Patricio y a Gabriela.*) ¡Las mulillas!
- GAB. (*Al verlos.*) ¿Eh?
- PAT. (*Idem.*) Lo de siempre. (*A Gabriela.*) No mire usted, Currita.
- GAB. ¡Sinvergüenza!
- PAT. (*Por Dorotea.*) ¿Quién es y qué desea?
- J. MAN. Nada, es que trae un recado para el casero... Una caja que... (*A Dorotea.*) Mira, dñe a tu tío que la mande en seguida.
- DOR. Sí, señó. ¡Ah! Ya verán que en uno de los laos que estaba roto le ha puesto mi tío un parche nuevo pa que no se saliera lo de adrento.
- GUT. Sí, sí; muy bien. Que la mande, que la mande. Adiós.
- DOR. Buenas tardes. (*Se va Dorotea por la primera derecha.*)
- PAT. (*A Juan Manuel.*) ¿Qué caja es ésa?
- J. MAN. Una que... Unos útiles que encargó Domingo a...

- GUT. Se conose que la caja se ha roto y le han puesto un parche... en un costao para que... Eso es.
- PAT. Está bien. ¡Ay, Juan Manuel! ¡Cuando habrá en tí el equilibrio y la ecuanimidad necesaria!
- J. MAN. ¡Bah, padre!
- PAT. Sácame un vaso de agua fresca, Currita; yo voy entretanto a dejar la escopeta.
- GAB. Sí, señor. *(Se dirige al pozo.)*
- PAT. Y ya diré a Salomón, ya... *(Aparte a Juan Manuel.)* He procurado ahondar en su alma y es una perla. Ya no me parece disparate la idea de Salomón.
- J. MAN. *(A Patricio.)* Y ella... ¿qué dice?
- PAT. Ella..., figúrate: ve ante sus ojos un porvenir risueño... Vuelvo en el acto. *(Entra en la casa.)*
- GUT. *(Ahora se llan, como si lo viera.) (Al ver que Juan Manuel se dirige a Gabriela como una flecha.)* ¡Ya!
- J. MAN. *(Cogiéndola violentamente una mano.)* ¡Gabriela!
- GAB. *(Enérgica.)* ¡Haga usted el favor de estarse quieto!
- J. MAN. *(Amenazador y sin soltarla.)* ¡Gabriela!...
- GAB. Estése usted quieto o grito.
- J. MAN. *(Soltándola.)* ¡Malhaya sea!... Gabriela, que yo te juro que eres mi mujer.
- GAB. No basta jurarlo. Pruebas.
- J. MAN. Dentro de una hora te vas a comer la partida de casamiento.
- GAB. No me jamo yo esa partía.
- GUT. *(Ole ya lo cañí.)*
- GAB. ¿Quién ha extendido la partida, algún amigo?
- J. MAN. ¡Gabriela!...
- GAB. Te crearás tú que voy a continuar toda mi vida chupándome el meñique; no, hijo mío, no; ya eso se acabó. Bastante te has divertido ya conmigo y bastante has abusado ya de mí.
- J. MAN. *(A Gutapercha.)* ¿Pero tú oyes esto?
- GAB. Ya te he dicho el medio que tienes para convencerme; decirle a tu padre que soy tu mujer. Anda, díselo. No te atreves, ¿eh? ¡Claro!
- J. MAN. Es que...
- GAB. Si yo fuera tu mujer te atreverías, porque estando casada contigo en secreto no ibas tú a consentir que me casara públicamente con otro hombre.
- J. MAN. Es que ese segundo casamiento sería nulo.
- GAB. Sí, conforme; pero mientras se anulaba...

- J. MAN. ¡Gabriela!
- GAB. Y te advierto que me caso; me conviene y me caso.
- J. MAN. ¡Quia! No lo sueñes. En cuanto le digas quién eres...
- GAB. Sí, cuando yo le cuente la verdad no quiere casarse conmigo; como yo soy libre, pues...
- J. MAN. ¡Qué!
- GAB. (*Disponiéndose a sacar el cubo del pozo.*) Que...
- J. MAN. (*Sujetando la sogu.*) ¡¡¡Di lo que piensas y te ahogo!!!
- GAB. Pues...
- J. MAN. ¡¡¡Di!!!
- GUT. (*Avisando.*) ¡Don Patricio! (*Juan Manuel se contiene, y entre los dos, muy nerviosamente, sacan un cubo de agua del pozo.*)
- PAT. (*Encantado al verlos.*) Muy bien; siempre me ha placido la galantería.
- J. MAN. (¡Malhaya sea!...)
- GUT. (*Aparte a Juan Manuel.*) Allá viene don Ramón.
- J. MAN. (*Idem.*) Sal a su encuentro y esperadme los dos allá abajo.
- GUT. Sí, señó. (*Se va por la derecha segundo término.*)
- GAB. (*Ofreciendo a Patricio un vaso de agua.*) Aquí tiene usted.
- PAT. Dios te lo pague. Muchas gracias. (*Bebe.*)
- GAB. De nada.
- PAT. Y ahora diré a Salomón que puede hablar con tus padres sin recelo alguno. (*Entra Gabriela en la casa, mirando a Juan Manuel y como diciendo: «Anda, para que te enteres».*)
- J. MAN. (*Quemadísimo.*) (¡Malhaya sea!...)
- PAT. ¿Sabes que esa Currita es un portento?
- J. MAN. Sí...
- PAT. Me gusta, me gusta.
- J. MAN. ¿A usted también?
- PAT. Ya comprenderás en qué sentido lo digo.
- J. MAN. Sí, claro.
- PAT. El que también me tiene encantado es su padre.
- J. MAN. ¿Cómo su padre?
- PAT. Domingo, el casero.
- J. MAN. ¡Ah!
- PAT. Es un hombre ingeniosísimo; tiene ideas muy nuevas sobre la agricultura y además es inventor
- J. MAN. ¿Cómo inventor?
- PAT. Sí; me ha dicho que luego va a enseñarme un in-

venta aplicable a las gallinas, que va a ser el asombro de la gente.

J. MAN.

¡Caramba!

PAT.

Tiene muy buenas ocurrencias y debe estar muy enamorado de su mujer, porque no la deja sola ni un momento.

J. MAN.

(*Mirando hacia la izquierda.*) Hombre, allí está. (*Llamando.*) ¡Domingo! Le dejo a usted con él. Voy a llegarme ahí..., que... Vuelvo en el acto.

PAT.

Adiós, hombre, adiós. (*Se va Juan Manuel por la derecha, segundo término.*)

ASD.

(*Por la izquierda, último término. Trae una caja como de medio metro cuadrado.*) Se descansa, ¿eh?

PAT.

Se descansa.

ASD.

Yo vengo muerto. (*Se sienta.*) ¡Uf!... ¡Muerto!

PAT.

¡Ah! Ahora le traerán la caja.

ASD.

¡Caray! ¿Cómo la caja?

PAT.

La caja que ha encargado usted.

ASD.

¿Yo?

PAT.

Eso me ha dicho Juan Manuel.

ASD.

¡Ah! Sí; la caja que... Sí, sí. (¿Qué caja será?)

PAT.

Creo que le han puesto un parche nuevo.

ASD.

¿Sí? ¡Hombre!... (Una caja, un parche... Pues me van a traer un tambor.)

PAT.

Bueno, ¿y qué es ese invento del que me habló antes?

ASD.

¡Ah! Pues éste: aquí está. Mírelo usted.

PAT.

(*Examinando el cajón.*) ¿Y esto que es?

ASD.

Pues esto... Digo pos esto es una cosa que obliga a cada gallina a poné cuatro huevos tos los días.

PAT.

¿Es posible?

ASD.

Sí, señor; mire usted: la gallina va al ponedero, se echa, aprieta, pone su huevo, se levanta, se vuelve, lo mira, y al verlo allí tan blanquito comienza a cacareá, como diciendo: «¡Ya lo largué! ¡Ay, qué trabajito me ha costao!... ¡Ahí queda eso!... (*Ríe Patricio.*) ¡Ya he cumplido con mi obligación!...», ersétera, ersétera. Bueno; pues yo he hecho este ponedero, que tiene en el fondo una válvula, vamos, una trampa. Se echa la gallina, pone su huevo, y el huevo, por su propio peso, abre la trampa y cae a este otro compartimento.

PAT.

¡Caramba!

ASD.

Se levanta la gallina, mira, no ve el huevo y piensa: «Caramba, qué tonta; creí que lo había puesto»; se echa, vuelve a apretar, y pone otro.



- PAT. ¡Un espanto! Yo calculo que cada gallina me puede poner unos cuatro huevos diarios. (*Admirado.*) ¡Caramba! Esto es portentoso. Acaba usted de abaratar las subsistencias.
- ASD. Y ya ve usted qué sencillamente. Hasta ahora se había hablado del huevo de Colón; pero desde ahora se hablará del ponedero de Domingo.
- PAT. Es prodigioso, verdaderamente prodigioso.
- ASD. ¡Pchs! Está bien y nada más. Donde yo pienso lucirme es en lo tocante a los injertos. Y que como yo me lo proponga... Bueno, no diré que los olivos echen ya las aceitunas rellenas de anchoas; pero aliñadas, desde luego. Y verá usted qué cosa tan sencilla...
- SAL. (*Dentro de la casa.*) ¡Patricio!... ¡Patricio!...
- ASD. Don Salomón.
- PAT. Voy... (*A Asdrúbal, con intención.*) Y voy a darle una bonísima noticia.
- ASD. ¿Eh?
- PAT. (*Como antes.*) Una noticia que a usted interesa, y no poco. Hasta ahora.
- ASD. Vayasté con Dios. (*Entra Patricio en la casa.*) ¿Qué será?... Bueno, tengo a este hombre encantado, lo que se dice encantado. Y es para estarlo, ¡qué caramba! No todo el mundo tiene a sus órdenes un agricultor de mis iniciativas. Y que se rían los incultos; que esta mañana, cuando estaba yo injertando la esparraguera en el ciprés, bien que se reían; pero el año que viene, cuando coja yo cada espárrago como una garrocha, el que va a reírse va a ser este cura ecónomo.
- AGR. (*Con Natalia por el último término de la izquierda.*) ¡No! ¡Aquí! Ha de saberlo tu padre.
- ASD. ¿Qué pasa?
- NAT. Pero, mamá...
- AGR. ¡Silencio!
- ASD. ¿Eh?
- AGR. Ahí la tienes; acabo de presenciar la siguiente escena. Lugar de acción, la cocina; personajes, ella y don Salomón.
- ASD. Letra, venga letra.
- AGR. Es todo acotación.
- ASD. Pues describe.
- AGR. Llegó don Salomón, le dice no sé qué donosura y le toma la barbilla.
- ASD. ¡Hola! ¿Y ella?...

- AGR. Como si tal cosa, inmutable.
- ASD. ¡Caray!
- AGR. Luego don Salomón tira de portamonedas, saca una pieza de dos pesetas y se la ofrece.
- ASD. ¿Y ella?
- AGR. Sonríe, la toma y la guarda.
- ASD. ¡Venga!
- NAT. (*Dándole las dos pesetas.*) Tome.
- ASD. Digo que venga usted.
- NAT. ¡Ah! (*Se va a guardar el dinero.*)
- ASD. Traiga, traiga la pieza de convicción. (*Se guarda la moneda.*) De manera que usted...
- NAT. Yo estaba en la cocina; llegó don Salomón y me dijo: «Natalia, pronto podré abrazarte a la vista de todo el mundo, porque no serás una extraña para mí.»
- AGR. ¿Eh?
- ASD. No entiendo.
- NAT. Eso le dije yo, que no lo entendía, y él entonces repuso: «Ya lo verás, ya lo verás.» Me tomó la barbilla, me dió las dos pesetas y se fué; eso es todo.
- ASD. No te creo.
- NAT. ¡Papá!
- ASD. No te creo. Ese hombre te persigue y tú no le huyes. Lo he visto.
- NAT. ¡Papá!
- ASD. ¡Lo he visto! Sé lo que me cumple hacer. Vete.
- NAT. ¡Pero, papá!...
- ASD. ¡Vete! Pedro Crespo lo manda.
- NAT. (*Lloriqueando.*) Es que supone usted que yo... Y eso me ofende, sí, señor; me ofende.
- AGR. ¿No has oído?
- NAT. (*Llorando.*) Sí, señora, ya me voy; pero me duele el que crean ustedes... (*Saca el pañuelo para secarse las lágrimas y se la caen al suelo cuatro duros.*) ¡Ay! (*Vase corriendo por último término de la izquierda.*)
- ASD. (*Perplejo.*) ¡Agripina!
- AGR. (*Idem.*) ¡¡Asdrúbal!!
- ASD. ¡Cuatro duros! (*Los recoge.*)
- AGR. ¿Qué te parece?
- ASD. Ese hombre es un peligro. Le buscaré ahora mismo y le hablaré. Claro que Natalia es buena y tengo en ella fe absoluta; pero...
- AGR. Ahí lo tienes.

- ASD. Lo celebro; vas a presenciar nuestra entrevista.  
 SAL. (*Por la puerta de la casa.*) (La ocasión no puede ser más propicia.) Buenas tardes.
- ASD. (*Secamente.*) Buenas tardes.  
 AGR. (*Idem.*) Buenas tardes.
- SAL. (Seriecitos están. Claro; creerán que no son buenas mis intenciones...)
- ASD. (Pellizcos a cinco pesetas, barbilleos a dos... ¡ Vas a ver tú !)
- SAL. (*Sacando la cartera.*) (Dádivas quebrantan peñas. Les ablandaré. Primero la madre.) (*Se acerca a Agripina.*)
- ASD. (¿Eh? ¿Un papirazo y se acerca a mi esposa?)  
 SAL. Tome usted, señora, para que se compre usted un mantón de felpa. (*Le da el billete.*)
- AGR. (*Perpleja.*) (¿Qué querrá hacerme?)  
 ASD. ¡ Señor don Salomón !... ¡ Que estoy yo aquí !...  
 SAL. (*Alargando otro billete.*) Y éste para usted.  
 ASD. (*Boquiabierto.*) ¡ Cómo ! ¿ A mí también ?  
 SAL. Son ustedes los padres de la mujer que yo adoro y les suplico que no rehusen ese modestísimo obsequio. (*Asdrúbal y Agripina se miran perplejos.*) Sentémonos; deseo hablar con ustedes. (*Se sienta.*)
- AGR. (*Aparte a Asdrúbal.*) Cuidado, Asdrúbal.  
 ASD. (*Idem.*) No temas; soy calderoniano. (*Se sientan.*)  
 SAL. ¿ Para qué andarse por las ramas, señores? Seré franco: ya habrán notado ustedes que a mí vuestra hija me gusta.
- ASD. Lo notamos desde el primer día.  
 SAL. Pues ya comprenderán ustedes, dada mi edad y mi posición, cuáles son mis intenciones.
- ASD. Usted dirá.  
 SAL. La quiero para mí.  
 ASD. ¿ La quiere para mí? ¿ La quiere para usted? ¿ La quiere para él?
- AGR. (*Aparte a Asdrúbal.*) ¿ No te lo dije?  
 SAL. Soy rico, muy rico. No soy joven, pero tampoco me tengo por un tomo de la prehistoria. Así es que...
- ASD. (*Digno.*) Caballero... El hábito no hace al monástico.  
 SAL. ¿ Cómo?  
 ASD. Y aunque así vestido, figúrese que habla con la primera autoridad de Zalamea.  
 SAL. No comprendo.

- ASD. Nuestra hija es pura como el aliento de un recién nacido.
- SAL. Por eso la idolatro.
- ASD. Por todo el oro acuñable no faltaría jamás a sus deberes.
- SAL. Por eso me entusiasma.
- ASD. Es pobre, muy pobre; pero honradísima.
- SAL. Por eso, antes de casarme con ella, deseo dotarla en sesenta mil duros. (*Asdrúbal se deja caer en la silla medio accidentado.*)
- AGR. (*Asustada.*) ¡Ay! ¡¡ Asdrúbal!!
- SAL. ¿Cómo Asdrúbal?
- AGR. Es que... Yo dije Asdrúbal como podría decir ¡ay, Dios mío! ¡Domingo!...
- ASD. (*Abriendo los ojos.*) ¿Dónde estábamos?
- SAL. Donde estamos: aquí.
- ASD. Digo que por dónde íbamos.
- SAL. Parece que ha perdido la razón.
- ASD. No, señor; quiero decir qué era eso que decía usted del casamiento y de sesenta mil duros.
- SAL. ¡Ah! Sí. Que yo he hablado con don Patricio, y a él no le ha parecido ningún disparate lo de la boda.
- ASD. Naturalmente.
- SAL. Y he fijado la dote en sesenta mil duros, porque es el precio de esta finca. Ya que aquí conocí a vuestra hija, deseo que esta finca le pertenezca. (*Conmovido.*) ¡Salomón!... (*Le abraza.*)
- ASD. Vamos, vamos...
- ASD. Agripina...
- SAL. ¿Eh?
- ASD. (*Conmovidísimo.*) Agripina de los Dolores. Y yo he estado severo con mi pobre hijita...
- AGR. Vamos a buscarla.
- ASD. Sí. ¡Pobre hija mía, con ochenta mil duros! Hasta luego, hijo...
- AGR. Adiós, hijo... (*Se cogen del brazo.*)
- ASD. ¡¡ Agripina!! ¡ Esta finca nuestra!
- AGR. ¡¡ Nuestra!!
- ASD. ¡¡ El apoteosis!!
- AGR. ¡¡ La coronación!!
- ASD. ¡ Qué desenlace!
- AGR. ¡ Qué epílogo!
- ASD. ¡ Ésto es la descoyuntación del desmiguen! (*Se van por la izquierda, último término.*)

- SAL. *(Conmovido.)* Sólo en el campo pueden encontrarse estos corazones immaculados. Voy a buscar a Currita y a decirle que sus padres ven nuestra unión con gran simpatía. *(Entra en la casa. Por el primer término de la derecha entran en escena Gutapercha, Juan Manuel y Ramón. Vienen preocupados y abatidos.)*
- J. MAN. Nada ; no hay que pensarlo más.
- RAM. Pero ¡Juan Manuel!...
- J. MAN. No hay que pensarlo más. Puesto que la partida no ha llegado y Gabriela acaba de decirme que la única prueba que podría convencerla sería que yo confesase a mi padre la verdad, opto por la confesión. Estoy decidido. Busque usted a mi padre y dígale la verdad de cuanto ocurre.
- RAM. ¿Yo? ¡¡ Un cuerno !!
- J. MAN. Es que yo, al decirselo, corro un grave peligro, don Ramón. Usted, que no ha tomado parte en esta farsa, es el más indicado para...
- RAM. No lo sueñes.
- J. MAN. ¿No?
- RAM. *(Decidido.)* ¡No!
- J. MAN. Entonces..., ya lo sabes, Gutapercha : a ti te toca.
- GUT. ¿Cómo que me toca?
- J. MAN. Que a ti te toca.
- GUT. Es que si me toca me señala.
- J. MAN. Yo lo mando.
- GUT. Pues me da usted un encarguito que veremos a ver con qué como yo mañana.
- J. MAN. Tú verás. Ingéniate. ¡Ah! Y sobre la marcha. No hay que dejar para luego lo que puede hacerse ahora mismo.
- RAM. ¡ Eso !
- GUT. Estoy pensando...
- J. MAN. ¿Qué?
- GUT. Que hay que echarle las culpas de to a alguien pa que ése cargue con el mochulo ; y me parece que he encontrado la víctima.
- J. MAN. ¿Quién?
- GUT. Ya veremos. Tengo yo pendiente con él una cuentecilla de do patá que me dió la otra noche, y me parece a mí que la voy a saldá. *(Por el último término de la derecha entran en escena Laura y Lorenzo.)*
- LOR. Bueno, ¿y qué? ¿Han quedado ustedes en algo?

- J. MAN. Si. Gutapercha hablará con papá y le pondrá en autos de cuanto ocurre.
- LAURA. ¡Por Dios! Eso es un disparate.
- LOR. Una atrocidad.
- LAURA. ¡Pobres de nosotros!
- J. MAN. De ustedes no tiene que decir nada, en último caso. Aquí lo que precisa es que sepa que Currita es Gabriela y que Gabriela es mi mujer, para que ella, convencida de que es mi mujer, no haga ninguna barbaridad.
- LOR. Ya lo oye usted, Gutapercha.
- GUT. Dejarme a mí, porque le estoy dando güertas a una ocurrencia.
- J. MAN. Lo que quiera que sea, pronto, Gutapercha.
- GUT. ¿Cómo pronto? Ahora mismo. Esperante en el cañaverá.
- LAURA. Por Dios, Gutapercha.
- GUT. No hay cuidao.
- RAM. ¡Infeliz! Dentro de una hora estará con Dios.
- GUT. ¿Qué decía usted?
- RAM. Nada. Con Dios.
- GUT. Usté lo pase bien.
- RAM. ¡Ah! Si viene mi criado, mándalo al cañaveral. *(Se van por la derecha, último término, Juan Manuel, Ramón, Lorenzo y Laura.)*
- GUT. Bueno; yo a don Patricio, te con te, que disen los franceses, magras del Perú, ¡al instante! Yo escribo ahora en un papelito lo que pasa y se lo doy, y asín que le haiga leído, ya veremos. Se ha caído el señó Asdrúbal Campusano, alias Domingo el Sapo; porque aquí lo trajo un rayo, pero lo va a echá un remolino. *(Vase por la izquierda. Por el primer término de la derecha entran en escena Lucila y Zoilo. Vienen materialmente comiéndose. Atraviesan la escena muy despacio y se van por el último término de la izquierda.)*
- LUCILA. Sigue, amor mío, sigue; esos versos, hijos de tu numen, me suenan a arpas eólicas. Sigue.
- ZOILO. Seguiré, porque ése es tu anhelo y tu anhelo es mi albedrío.
- LUCILA. Te escucho con arrobó.
- ZOILO. *(Recitando sublimemente.)*

Y dime, pajarillo enamorado:  
 ¿por qué ese campo es verde y no morado?  
 ¿Y por qué el valle agreste  
 en vez de ser oscuro no es celeste?



Y, puesto a preguntar, ¡oh, pajarillo!,  
¿por qué el mar es azul y no amarillo?

- LUCILA. (*Entusiasmada.*) ¡Qué colorido!
- ZOILO. (*Como antes.*)  
¡Oh, cuán hermoso fuera  
un cielo a rayas, como una pechera!  
Y los astros en fila,  
luciendo sus fulgores  
lo mismo que si fueran pasadores.
- LUCILA. (*Entusiasmada.*) ¡Qué atrevimiento en las imágenes!... ¿Y no dices nada de la luna?...
- ZOILO. ¡Oh! ¡La luna!... ¡Si siempre estuviera llena!...  
Pero me molestan los cuartos...
- LUCILA. (*Amorosísima.*) ¡Amor!...
- ZOILO. (*Idem.*) ¡Primor!
- LUCILA. (*Idem.*) Amote.
- ZOILO. (*Idem.*) Adórote. (*Vanse comiéndose.*)
- SAL. (*Saliendo de la casa.*) ¿Dónde se habrá metido  
Currita?
- ASD. (*Con Agripina y Natalia por el último término de  
la izquierda.*) Ahí lo tienes. Abrazale.
- NAT. (*Muy cortada.*) Pero, papá...
- ASD. Vamos.
- SAL. (*Viéndoles.*) ¡Oh! (Mis suegros y mi cuñadita.)
- ASD. (*Por Natalia.*) Viene a darte un abrazo. Ya le  
hemos dicho...
- SAL. Ven acá, picarilla; ¿no te decía yo que muy pronto  
podría abrazarte a la vista de todo el mundo?  
Ven acá.
- NAT. (*Dejándose abrazar.*) ¡Salomón!...
- AGR. ¡Qué pareja!
- SAL. Toma. (*Le da un billete.*) Para un refajo...
- AGR. (*Entusiasmada.*) ¡Qué exquisito! Para un refajo.
- NAT. Por Dios, Salomón, no dilapides...
- SAL. Es mi costumbre.
- ASD. De modo que tú siempre que acaricias...
- SAL. Siempre.
- ASD. (Esta hija mía, cuando se case, va a reunir una  
fortuna colosal.)
- SAL. ¿Y Currita? ¿Dónde está Currita?
- AGR. ¿Currita?... No sé... (*A Asdrúbal.*) Pregunta por  
Currita.
- ASD. ¡Bah! Por ahí andará.
- SAL. Ardo en deseos de verla para darla un abrazo.
- ASD. (La cree su futura cuñada, y, es claro, abrazo,

diez duros...) (*Confidencialmente a Salomón.*) Deja en paz a Currita.

- SAL. ¿Eh?  
ASD. Ya te contaré.  
SAL. Pero...  
ASD. Tú, claro está, la crees hermana de Natalia, ¿no?  
SAL. Sí.  
ASD. Pues estás en lo alto de un olmo.  
SAL. ¿Eh? No comprendo.  
ASD. Ya te contaré luego.  
SAL. Luego, no; ahora mismo.  
ASD. ¿Eh?  
SAL. (*Con cierta energía.*) ¡Ahora mismo!  
NAT. (*Que hablaba con Agripina.*) ¿Eh? ¿Qué sucede?  
AGR. (*Acercándose a Salomón.*) ¿Qué ocurre?  
ASD. Nada; éste, que cree que Currita es hija nuestra.  
¡Como no está en el ajo!...  
AGR. ¡Ah, claro! ¡El pobre!...  
SAL. Bueno; a ver: ¿qué llo es ése?  
AGR. Yo creo que debemos decirle la verdad, puesto que ha de ser nuestro hijo...  
ASD. Tienes razón; sería indigno andarle con ocultaciones...  
SAL. ¿Ocultaciones?  
ASD. (*Solemne.*) Querido Salomón: óyelo y olvídale hasta el momento oportuno.  
SAL. ¿Qué?  
ASD. Que soy Campuzano y ésta es la Trechuelo.  
SAL. (*Mirándoles estúpidamente.*) ¿Eh?  
ASD. ¡La Trechuelo! Por consiguiente, esa tontería de criatura (*Por Natalia.*), esa memez femenina a la que tú creías una paletilla, es Campuzano y es Trechuelo.  
SAL. (*Que no comprende una palabra.*) Bien, bien; pero vamos a lo que interesa: ¿Currita no es hija vuestra?  
AGR. No.  
SAL. ¿Y no decía usted que yo iba a ser hijo vuestro?  
AGR. Claro.  
ASD. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? Ya te he dicho que yo soy Campuzano y ya te explicaré el por qué llevo varios días siendo Domingo y por qué Agripina es Dolores y por qué Gabriela no es Gabriela, sino mi hija.  
SAL. ¿Qué Gabriela?  
ASD. La otra.  
SAL. ¿Qué otra?



- ASD. La de Juan Manuel.  
SAL. (*Tambaleándose.*) O yo estoy en el limbo o me están ustedes hablando en griego.
- PAT. (*Con su escopeta en la mano en la puerta de la casa.*) ¡Hola! La familia reunida. ¡Que sea enhorabuena!... (*Tras de Patricio entra en escena Gutapercha.*)
- AGR. (*A Natalia.*) ¡Niña!...  
NAT. (*Algo cortada.*) Muchas gracias, don Patricio.  
ASD. (*Aparte a Salomón.*) Luego le pondré al corriente de muchas cosas.
- AGR. (*A Patricio.*) Usté siempre con su escopeta a cuestas.
- PAT. Sí; me ha dicho Domingo que hay varios aguilu-  
chos que ocasionan bajas en el gallinero y quiero  
ver si los espanto.
- CRIST. (*Un paleta como de veinte años, por la derecha. Trae al hombro una caja vieja.*) Salú. (*Deja la caja en el suelo.*)
- PAT. Buenas tardes.  
ASD. (*Apuradísimo.*) ¡La caja de las armas!  
AGR. (*Idem.*) ¡Dios mío!  
NAT. (*Idem.*) ¡Jesús!  
CRIST. Aquí traigo yo esto. M'ha dicho mi hermana, la  
Cangreja, que ha estao acá y que l'han dicho que  
suba la caja.
- PAT. ¡Ah! Sí. (*A Asdrúbal.*) Es la caja que ha encar-  
gado usted.
- ASD. ¡Sí!... ¡Ya!... La caja... que... Sí, sí.  
CRIST. (*Secándose el sudor.*) Lo que pesa el jierro.
- PAT. ¡Ah! ¿Es hierro?  
ASD. Sí..., claro...  
PAT. Son útiles, ¿no?  
ASD. Utilísimos. Es decir, útiles de... Eso es...  
PAT. ¿A ver?  
GUT. (*Suando está.*)  
PAT. (*Abriendo la caja.*) ¿Eh? ¿Qué es esto? (*Saca un sable muy grande.*)  
GUT. ¡Mi agüela!  
PAT. ¡Seis sables!... Bueno, ¿pero esto para qué le  
sirve a usted?  
ASD. Pues... Pues... (*A Cristóbal.*) Bueno, está bien;  
puede usted marcharse. Tenga. (*Le da dos pesetas.*) Adiós.
- CRIST. Salú y gracias. (*Vase por la derecha.*)  
SAL. No comprendo yo tampoco qué utilidad puede tener esto...

(Mi yerno es idiota. ¿No te he dicho que soy Campuzano?) Pues esto es para la poda. Aquí no se poda con tijera. Yo con tijera no podo, digo, no puedo. Sistema americano: ¡zis-zás! Yo estoy convencido de que... (Mirando hacia la izquierda.) ¡Cáramba! ¡Un aguilucho! Deme usted la escopeta. (Le coge la escopeta a Patricio.) Vuelvo. (Haciendo mutis por la izquierda último término.) ¡Caray, qué rato! ¡Malditas sean mis armas!... (Vase.)

- AGR. (A Natalia.) Vamos, niña.  
NAT. (Muy cariñosa, a Salomón.) Hasta luego.  
SAL. Adiós, mujer, adiós.  
NAT. (¡Mujer!... ¡Me ha dicho mujer!...) (Vase por la izquierda, mirándole.)  
GUT. (Bueno; ésta es la mía. Por lo pronto, no tiene la escopeta, que era un peligro.)  
PAT. ¡Qué gran persona es este Domingo!  
GUT. (Quitándole a Patricio un sable que tiene en la mano.) Permítame usted.  
PAT. (Extrañado.) ¿Eh?  
GUT. Para la anerdota que yo voy a desirles no me conviene que tenga usted armas en la mano. (Guarda el sable. Cierra la caja y se sienta sobre ella.)  
PAT. ¿Cómo se entiende?...  
GUT. No se enfade usted todavía, que tiempo hay. (Saca un papelito doblado y lo desdobla.) Siéntese usted... (A Salomón.) y usted también, porque lo que van ustedes a leer es cosa de caerse y conviene que les coja a ustedes sentaos.  
PAT. No comprendo. (Se sientan.)  
GUT. Pues en este papelito está to mu claro. Arguna fartiya pue que haiga, porque uno, ar fin y a la postre... ¿Asesino es con hache?  
SAL. Sin hache.  
GUT. Pues a mí con hache me parece más asesino. (Rien Patricio y Salomón.)  
PAT. Traiga, hombre, traiga, que nos vamos a reír.  
GUT. ¡Sí, sí!  
PAT. Deme. (Gutapercha le da el papel.) Acércate, Salomón.  
SAL. Vamos a ver. (Se disponen a leer al mismo tiempo.)  
PAT. (Leyendo.) «El evangelio.» ¿Eh? ¿Cómo el evangelio?  
GUT. El evangelio, señó. Eso quiere significá que lo que se dise ur supra, o sea a continuación, es la mis-

- mísimas verdá, con punto y coma. (*Salomón y Patricio se miran y sonríen con chunga.*)
- SAL. Desde aquí estoy viendo un Juan Manuel escrito con minúsculas. ¡Hombre, Gutapercha!
- GUT. ¡Psch! Yo con el señorito Juan Manué tengo confianza.
- SAL. (*Riendo.*) Está bien.
- PAT. ¡Este Gutapercha!
- SAL. A ver: leamos.
- PAT. (*Leyendo.*) «El evangelio. Juro, rejuro y perjuro, que lo que aquí se dice es la insólita y pura chipén.» (*Patricio y Salomón se miran y sonríen.*) «El llamado Domingo el Sapo, ni es Domingo ni es sapo, sino un sinvergüenza..., unmann...» (*Patricio y Salomón se miran.*)
- SAL. (*Leyendo.*) «Y su esposa, la señá Dolores, es doña Agripina Trechuelo, que... unnnnn...» (*Se vuelven a mirar.*)
- PAT. (*Leyendo.*) «Juro que la llamada Currita es Gabriela Moncada, esposa legítima... unnn...»
- SAL. ¡No! (*Leyendo.*) «Esposa legítima de... unnn...»  
¡¡ Patricio !!
- PAT. ¡¡ Salomón !! ¿Qué es esto?
- SAL. (*Pretendiendo coger el papel.*) ¡Trae!
- PAT. (*Sin dejárselo.*) ¡Suelta!
- SAL. ¡A ver! (*Leen los dos entre dientes, al mismo tiempo, no haciendo el abejorro como antes, sino imitando el rugido sordo de dos panteras que tienen hambre.*)
- GUT. (*Levantándose y colocándose a la defensiva.*)  
¡Unnn! Ahora va a ser ella.
- PAT. (*Con los pelos de punta.*) ¡Falso!... ¡Esto es falso!
- GUT. Eso es el evangelio, don Patricio.
- PAT. ¡¡ Salomón !!
- SAL. ¡Qué desengaño, Patricio!... ¡La ruindad, la perfidia!...
- PAT. ¡¡ Calla !!
- SAL. ¡La maldad, la doblez, la traición!...
- PAT. ¡¡ Y la muerte !!
- GUT. (¡Ya!)
- PAT. ¡Pronto!
- GUT. (¡Mi madre!)
- PAT. ¡Explíquese usted esto!...
- GUT. Calma, don Patricio; no paguemos justos por pecadores, porque aquí la verdá de la verdá es que hay uno que tiene la culpa de to.

- PAT. ¡Mi hijo!
- GUT. ¡No piense usted eso siquiera!... Don Juan Manué es un santo. Se ha casado porque don Asdrúbal le puso un revólver al pecho. Ese, ése es el culpable de todo lo que aquí pasa: don Asdrúbal. Obligó a don Juan Manué a casarse y a traer aquí a la señorita, y cuando se enteró que usted venía echó a los camperos y se plantó aquí con los esos cómicos para dársela a usted con mantequilla.
- PAT. ¡Miserable!...
- GUT. Porque todos los que vea usted aquí, menos el novio de la señorita Laura, son cómicos que están acá obligados, como ahí se dice, porque todos son víctimas de ese tío, que es un asesino sin hacer, pero un asesino.
- PAT. Pero ¿cómo no me lo han dicho antes todo esto?
- GUT. Ya lo sabe don Ramón: porque ha jurado matar al que sople; pero yo prefiero la muerte a la deshonra.
- PAT. ¡Cómo! ¿Pero Ramón sabía...? ¡He de patearle! Mi castigo ha de dejar memoria.
- SAL. *(Mirando hacia la izquierda, último término.)* ¡Ah, sí! Está allí con su mujer... Antes que nadie he de vengarme. Ha de pagarme este ridículo sangriento. *(Vase por el lateral indicado.)*
- GUT. *(Por Salomón.)* Este se lo carga.
- PAT. ¡Venganza!... ¡Venganza!... ¡A ver! ¡Pronto! ¡Llámelos a todos!... ¡A todos!...
- GUT. Don Patricio, que aquí el único culpable es el tío ese.
- PAT. *(Amenazador.)* ¡Llámelos a todos!
- GUT. Sí, señor. *(Haciendo mutis por la derecha primer término.)* (Les diré que no vengan, porque como vengan, tenemos catombe.) *(Vase.)*
- PAT. ¡Venganza! ¡Sí! Pero venganza noble, como cumple a un hombre de honor. Cara a cara y frente a frente. ¡Ah, señor Campuzano, autor de estas desdichas!... ¡Con qué placer he de arrancarte la vida! ¡Pero cuidado, Patricio! Puede defenderse y puedes morir... Y si tú mueres... Sí, haré un último ológrafo desheredando a mis hijos; es cuestión de un instante. *(Entra en la casa. Por la derecha, último término, entran en escena Perlita y Toribio. Este Toribio es el patán del primer acto. Trae un gran libro bajo el brazo.)*
- PER. Entonces, ¿no está usted contento en casa de don Ramón?

- TOR. Quite usted, hombre, si no me deján resoyá. «Toribio, ensiya er cabayo... Toribio, engancha er coche... Toribio, vete por tabaco...» Y Toribio pa arriba y Toribio pa abajo, y hasta que no ven a Toribio hecho polvo no paran.
- PER. ¡Válgame Dios, hombre!
- TOR. Y aquí ¿cómo se está?
- PER. De primera.
- TOR. *(Riendo.)* Lo que me rei yo esta mañana oyendo contá al apeará lo de los cómicos que s'han colao acá. ¡Miusté que injertá un ciprés en espárrago!... Estoy deseando conocerlos pa ve cómo son. Porque a mí to lo der teatro me tira la má. Y eso que la primera ve que yo fui al teatro me creí que aquello era de verdá y le pegué un ladriyaso a uno que iba a matá a otro... ¡Ojú!
- PER. *(Mirándole, como para comérselo.)* ¿Fué eso en Baeza?
- TOR. En Baeza fué, sí, señó.
- PER. ¡Hombre! ¿De manera que fué usted?
- TOR. Me prendieron y to, pero aluego me sortaron de segufa, porque dijo er jué que er cómico lo hasía tan malamente que er ladriyaso había estaó mu oportuno.
- PER. Sí, ¿eh?
- TOR. Pero luego me enteré que to eso de los cómicos es mentira. Cogen una espada, prinsipian a gritá ¡vive Dios! y ni se atizan ni na. To mentira, to; no saben deci mas que ¡vive Dio!
- PER. *(A mí este bestia me paga el ladrillazo. ¿Tendrá mucha fuerza?) (Cogiéndole un brazo y tanteándole los músculos.)* Bueno está, hombre, bueno está... ¡Señores, qué musculatura! Buscaré quien me ayude.) Aguárdeme usted aquí, amigo.
- TOR. Güeno; ¿pero a quién le doy yo esto? *(Por el libro.)*
- PER. Ahora volveré yo con dos más y hablaremos.
- TOR. Está mu bien. Aquí aguardo viendo los muñecos. *(Se sienta y abre el libro.)*
- PER. *(Ya lo creo que me paga a mí éste el ladrillazo.) (Vase por la derecha, último término.)*
- PAT. *(Sale de la casa.)* Ahora puedo morir. ¿Eh? ¿Es uno de esos canallas? Su cara me es desconocida, pero un campesino leyendo versos... ¡Quién lo duda!
- TOR. *(Al ver a Patricio.)* Guas tardes...

- PAT. Salude más finamente, que bien puede hacerlo el histrión. (*Toribio lo mira con cara de estúpido.*) Y le advierto, para su gobierno, que estoy al cabo de la calle; la comedia e finita. ¡Vive Dios!
- TOR. (*Cayendo de su burro.*) ¡Toma! Pero si es un cómico. ¡Ya ha soltao un vive Dios!
- PER. (*Por la derecha, último término, deteniéndose al ver las actitudes.*) ¿Qué pasa?
- PAT. ¡Gutapercha ha cantado y sé quién es usted y quién es la Moncada y quién es Asdrúbal y Campuzano! Venga conmigo, no quiero patearle en la puerta de mi casa.
- TOR. Con usted voy yo ar fin der mundo. ¡Vive Dios! (*Se van por la derecha, primer término.*)
- PER. ¡Maldita sea Gutapercha! ¡Qué lástima! ¡Tan bien que lo pasáremos aquí! ¡Mi madre, que lo mata! Avisaré a don Asdrúbal. (*Mirando a primera derecha.*) Aquí viene. ¿Eh? (*Por la izquierda, último término, entra don Salomón, huyendo de Asdrúbal, que le apunta con la escopeta. Tras ellos, Natalia, llorando, confortada por Agripina.*)
- SAL. ¡¡ Señor Campuzano!!
- PER. ¡ Don Asdrúbal!
- ASD. ¡ Dejarme!
- AGR. (*A Natalia.*) No llores, hija mía.
- ASD. Cada lágrima de ese ángel, caballero, será un perdigón que atravesará su seca pleura.
- SAL. ¡ Señor Campuzano! Que todo ha sido un error, sin duda...
- ASD. ¡ Basta! Usted me ha pedido la mano de mi hija; usted me ha ofrecido dotarla; usted la ha abrazado delante de mí; yo le dije a usted quién era yo y quién era ésta; yo le repetí que Currita no era hija mía... No ha habido error por parte de nadie. Ha habido una burla, y las burlas, cuando atañen al honor, se pagan con la muerte. (*Apuntándole.*) ¡ Recé usted!
- SAL. ¡ Señor Campuzano!
- AGR. (*Aparte a Natalia.*) Ahora, niña.
- NAT. ¿ Ya?
- AGR. Sí.
- NAT. (*Trágicamente, interponiéndose.*) ¡ No! A él, no; a mí..., ¡ a mí! (*Arrojándose en brazos de don Salomón.*) ¡¡ Porque le amo!!...
- SAL. (*Estupefacto.*) ¡ Caray!
- ASD. ¡ Es una actriz!

- NAT. ¡ Sí, le amo; mi vida por la suya! ¡ Mátame, padre mío!
- ASD. *(Con un gesto trágico.)* ¡ Ah!
- AGR. *(Arrojándose a los pies de Asdrúbal.)* ¡ Perdón para ellos!
- ASD. ¡ Sea! *(Todos respiran satisfechos. Agripina le quita la escopeta.)*
- SAL. *(Ayudando a levantar a Natalia.)* Gracias, hermosa niña; nunca olvidaré su noble acción ni esa confesión que ha brotado espontánea de su alma y que ha despertado algo nuevo en la mía.
- NAT. *(Afectando un exageradísimo pudor.)* ¡ Oh! *(Se separa de él.)*
- ASD. *(Que habla con Perlita.)* ¿ De manera que está enterado de todo y quiere arrojarnos de aquí?
- PER. Sí, señor.
- ASD. Pues yo no me voy.
- PER. ¡ Don Asdrúbal, mire usted que anda por ahí pegándole a todo el mundo!...
- ASD. Que no me voy.
- GAB. *(Por la puerta de la casa.)* ¡ El!... Sí; estoy decidida. Que rabie y que sufra ese sinvergüenza. *(Se acerca a don Salomón.)*
- SAL. *(Por Currita.)* *(La pérfida.)*
- GAB. *(A don Salomón, muy mimosa.)* ¿ Ha hablado usted ya con mis padres?... *(Don Salomón la mira de arriba abajo.)* Porque yo lo he pensado bien... y sí, Salomón, si hemos nacido el uno para el otro. Soy, como tú me decías esta mañana, la mujer que nació para ti; la tuya. *(Don Salomón vuelve a mirarla de abajo arriba.)* ¿ Eh?
- SAL. ¡ La tuya!
- GAB. *(Amorosisima.)* ¡ La tuya!
- SAL. Haga usted el favor de no ponerme en un compromiso, señora.
- GAB. ¿ Eh?
- SAL. Juan Manuel es para mí digno de todos los respetos.
- GAB. ¡ Ah! ¡ Ha confesado! Entonces... soy su mujer.
- SAL. ¿ Cómo mi mujer?
- GAB. ¡ Dios mío!... *(Por el último término de la derecha entran en escena Laura, don Ramón, Lorenzo, Guta-percha y Juan Manuel. Vienen aterrados.)*
- LAURA. ¡ Está pateando a ese infeliz!
- RAM. Si eso hace con mi criado, ¿ qué no hará conmigo?
- GAB. ¡ ¡ Juan Manuel! !

- J. MAN. Sí, he tenido que confesar para convencerte ; pero ahora sufriremos las consecuencias. Mi padre anda acometiendo a cuantas personas ve.
- GUT. ¡ Nos lyncha ! ( *A Asdrúbal.* ) Yo creo, amigo Campuzano, que debía usted buscarle y desirle algo que lo suavisara.
- J. MAN. Hombre, sí.
- ASD. Bueno, ¿ pero él qué sabe de mí ?
- GUT. Que es usted una gran persona y que se estaba sacrificando por nosotros.
- ASD. Entonces le buscaré. Confíen ustedes en mí.
- AGR. ¡ Cuidado, Asdrúbal !
- ASD. No temas.
- RAM. ( *Mirando hacia la derecha.* ) ¡ El ! ( *Todos se arrinconan aterrados.* )
- ASD. ¡ Calma, señores ; estoy yo aquí !
- PAT. ( *Con los pelos en pie, en actitud tragiquísima.* )  
¡ Ah ! ¡ Por fin !
- LAURA. ( *Arrodillándose ante él.* ) ¡ Papá !...
- GAB. ( *Idem.* ) ¡ Señor !...
- J. MAN. ¡ Padre !... ( *Idem.* )
- LOR. ( *Idem.* ) ¡ Don Patricio !...
- ASD. ( *Enfático.* ) ¡ Qué hermoso cuadro de arrepentimiento !...
- PAT. ¡ ¡ Miserable ! !...
- ASD. ¡ Caray !
- PAT. Alzad vosotros, para todos habrá castigo ; pero he de comenzar por usted, que, según Gutapercha, es el causante de todo. ( *Saca dos sables de la caja y le da uno a Asdrúbal.* ) Defiéndase.
- ASD. ¡ Caracoles !
- SAL. ¡ Patricio !
- PAT. ¡ Basta ! ( *Don Salomón, Laura, Gutapercha y Lorenzo sujetan a don Patricio.* )
- AGR. ¡ Asdrúbal !
- NAT. ¡ Papá !
- J. MAN. ¡ Señor Campuzano !...
- ASD. ( *A los tres.* ) Yo no me voy de aquí. Haremos el final del segundo acto de *El Moquero escarlata*. Decidla a Gabriela que estaba muy bien en el papel de Alcadesa.
- NAT. Sí. ( *Habla con Gabriela.* )
- ASD. ¡ Ah ! Y a ver cómo me sujetáis.
- AGR. Descuida.
- GUT. ( *Don Patricio lo atraviesa.* )



- PAT. Basta, defiéndase; sangre es lo que quiero.  
 ASD. (*Al ver que Patricio está nerviosísimo.*) (Está muy nervioso; menos mal.)  
 LAURA. ¡Qué horror!  
 SAL. (¿Qué va a pasar aquí?) (*Patricio acomete y Asdrúbal suelta el sable, da un grito, abre los brazos en cruz y cae sobre Agripina, Natalia, Gabriela y Perlita, que acuden a él.*)  
 NAT. (*Trágica.*) ¡Padre!...  
 GUT. (Se lo cargó.)  
 GAB. (*Idem.*) ¡Señor! ¡El cielo lo ha querido!...  
 PER. ¡Alcaidesa!... ¡Valor!...  
 ASD. (*Bajo a Perlita.*) ¡No seas bruto, hombre!  
 AGR. ¡Esposo mío!  
 GAB. (*Como loca, mesándose los cabellos.*) Y fué por mí, ¡por mí! ¡Por mi hermosura!... ¡Y su pecho infeliz ya no respira! ¡Y yo vivo, gran Dios!... ¿Por qué tu mano descargó sobre mí tu justa cólera?...  
 NAT. ¡¡Muerto!!  
 AGR. ¡Ay de mí!  
 PER. Recemos por su alma.  
 GAB. (*A Patricio, como loca.*) ¿Qué has hecho, dí?  
 ¿Qué has hecho, miserable?  
 PAT. (*Horrorizado.*) ¡No sé! ¡Muerto!...  
 SAL. ¡Qué espanto!  
 RAM. ¡Huye, Patricio!  
 PAT. (*Apuradísimo.*) Pero... si yo lo he matado cara a cara...  
 J. MAN. ¿Quién va a creer eso, padre? ¿Quién va a creer que te has batido ante tus hijos y ante esas pobres mujeres?  
 RAM. Y habiéndote visto la gente pegar a mi pobre criado.  
 GUT. Cualquiera convence a los civiles...  
 PAT. (*Asustado.*) Entonces... ¿qué debo hacer?...  
 J. MAN. Huid todos, y sabedlo todos: ¡Me batí yo y le maté yo! ¡¡Yo!!  
 PAT. (*Conmovido.*) ¡Juan Manuel!...  
 J. MAN. ¡Padre!  
 PAT. (*Abrazándole.*) Serás desde ahora mi hijo predilecto.  
 J. MAN. ¡Idos!  
 SAL. (*A Natalia.*) Señorita... Queda huérfana, pero no desamparada. (*Sublime y enfático.*) Juro sobre ese cadáver que será usted mi esposa. Adiós.

- LAURA. Vamos. (*Mutis por la derecha.*)
- LOR. Vamos. (*Idem.*)
- PAT. ¡Gracias, hijo mío, gracias! (*Vase sostenido por don Ramón y don Salomón.*)
- J. MAN. (*A Gabriela.*) Ya lo has oído: ¡su hijo predilecto!
- GUT. ¡La muerte lo borra todo! ¡Era un sinvergüenza, pero ahora me da lástima! Le rezaré un Credo. (*Se arrodilla ante Asdrúbal.*)
- ASD. (*Sentándose en el suelo.*) ¿De modo que ha sido usted el canalla que ha dicho a don Patricio...? (*Gutapercha sofoca un grito y hace mutis a gatas. Todos se rien.*)
- ASD. (*Que se levanta.*) Dije que no me iba y no me voy. Estoy herido en mi amor propio y me va a durar la convalecencia quince años. De aquí no me echan ni veinte rayos. Lo juro por mi honor.
- AGR. ¡Asdrúbal!
- PER. ¡Señor director!
- NAT. ¡Papá!
- ASD. ¡Lo juro por mi honor! (*Telón.*)

FIN DEL JUGUETE



B. Dip. Almería

AL-821-MUÑ-ray



1023024

148